



A S. A. R. la Serenísima Señora Infanta
Doña Isabel de Borbón



SEÑORA:

A V. A., protectora y entusiasta de cuanto significa cultura y amor al bien, debemos gratitud por las bondades que con nosotros habeis tenido, y por los alientos que en nuestra misión nos habeis comunicado. Con toda sinceridad os lo agradecemos.

Tener en las venas sangre de reyes y ser amada por los que quieren la igualdad de los hombres, ¿no es uno de los triunfos más difíciles á que puede aspirar una criatura en su paso por la vida? Abreviar, á puro corazón, la distancia que separa el palacio del tugurio, ¿no es haber elevado el nivel de la dignidad humana?

Nosotros, modestos hijos del trabajo, admiramos en V. A. esas hermosas virtudes que fueron proclamadas allende los mares con motivo de un viaje vuestro, que los Españoles recordaremos siempre con gratitud y orgullo.

Pueblo aquel de espíritu republicano, no necesitó violencia ninguna para tributaros su entusiasta adhesión, porque V. A., según ellos, es, ante todo, S. A. la Virtud. Como Españoles, nosotros, nada debemos añadir.

A L. R. P. de V. A.

La Redacción.

EL ARBOL DE NAVIDAD



....*Gensque virorum bruncis et duro robore nata.*

Virgilio-Eneida.



He aquí el árbol de la Navidad y de la vida!... Su origen se pierde en la antigüedad pagana, en los sacrificios á la *Bona Dea*, que nos describe Juvenal; en las *Opalias* y *Consualias*, que nos relata Macrobio; en las *Faunalias*, de las odas de Horacio,

y en las *Saturnalias*, de las églogas Virgilianas... Ramas de laurel y de olivo caracterizaban estos festivales... Roma descansaba en ellos... Bebía, se embriagaba, se enloquecía... cerraba sus escuelas, prohibía los castigos... sus mercaderes vendían velas de cera y figuritas de barro... La ciudad de los Césares, interrumpiendo durante siete días su vida tumultuosa, volvía á la edad de oro de las fábulas griegas...; los amos servían en los banquetes á los esclavos... y todos celebraban con libaciones, con sacrificios, con danzas órficas y alegres, presididas en efigie por los faunos múltiples, recios, y proféticos, el triunfo del sol sobre las tinieblas... el fin del año antiguo y el principio del nuevo... el *natalis solis invicti* del Mitraísmo... los días misteriosos y faustos del solsticio de invierno...

¡He aquí el árbol de la Navidad y de la vida!... Pasó de las risueñas llanuras del Lacio á las heladas cumbres del sol de la media noche. La *hoggunott* ó noche santa de las Sagas escandinavas y de las leyendas teutónicas fué también celebrada por los hijos de los bosques eternos y sombríos. Fué noche de alegría consagrada al recuerdo de los héroes del Valhalla... Los guerreros de Odín des-

cansaban en ella de sus combates... los Vikingos abandonaban sus veloces embarcaciones. Todos engalanaban sus moradas con ramas verdes y las preparaban cuidadosamente para recibir en ellas á los mensajeros de ultratumba que vaticinaban *«un buen año para las semillas que dormían en los campos»*.

¡He aquí el árbol de la Navidad y de la vida!... Dios lo santificó en el bello milagro de su nacimiento, y en el sublime misterio de su sacrificio... Cristo fué hijo de la eterna luz, luz verdadera de los humanos... y ante El, huyeron las abominaciones y las sombras... Con su advenimiento fué abolida la ley antigua y comenzó el reino de la ley nueva... Con su radiante Epifanía terminó la edad de la esclavitud y de los dioses del terror, y empezó la era de la fraternidad, de la libertad... y del Dios de amor infinito y ardiente...

¡He aquí el árbol de la Navidad y de la vida!... Nosotros también, como los Germanos, como los Sajones, como los Escandinavos, y sobre todo, como los Cristianos y los Latinos, hemos querido ofrecerle hoy á los que de cerca ó de lejos nos acompañan en nuestra modesta obra, como símbolo de los patrióticos amores que á todos nos vinculan, como síntesis que anhelamos profética de nuestros fervorosos deseos por la dicha de los que nos favorecen, como emblema, en fin de buena voluntad, de paz, de renacimiento y de esperanza...

¡He aquí el árbol de la Navidad y de la vida!... ¡Dios y la Patria premien á los que lo propaguen y lo ensalcen!...



Una Noche-buena del Poeta.

•En un rincón hermoso
De Andalucía
Hay un valle risueño...
¡Dios lo bendiga!

Que en ese valle
Tengo amigos, amores,
Hermanos, padres...
(De *El Latigo*.)

I



ACE muchos años (¡como que yo tenía siete!) que, al oscurecer de un día de invierno, y después de rezar las tres Aves Marías al toque de Oraciones, me dijo mi padre con voz solemne:

—Pedro: esta noche no te acostarás á la misma hora que las gallinas: ya eres

grande, y debes cenar con tus padres y con tus hermanos mayores.—Esta noche es *Noche-buena*.

Nunca olvidaré el regocijo con que escuché tales palabras:

¡Yo me acostaría tarde!

Dirigi una mirada de desprecio á aquellos de mis hermanos que eran más pequeños que yo, y me puse á discurrir el modo de contar en la escuela, después del día de Reyes, aquella primera aventura, aquella primera calaverada, aquella primera disipación de mi vida.

II

Eran ya *las Animas*, como se dice en mi pueblo.

¡En mi pueblo: á noventa leguas de Madrid: á mil leguas del mundo: en un pliegue de Sierra-Neval!

¡Aún me parece veros, padres y hermanos!

Un enorme tronco de encina chisporroteaba en medio del hogar: la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba: en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en nuestra casa á presidir la ceremonia de familia; en seguida se hallaban mis padres, luego nosotros y entre nosotros los criados...

Porque en aquella fiesta todos representábamos la *Casa*, y á todos debía calentarnos un mismo fuego.

Recuerdo, sí, que los criados estaban de pie y las criadas acurrucadas ó de rodillas. Su respetuosa humildad les vedaba ocupar asiento.

Los gatos dormían en el centro del círculo, con la rabadilla vuelta á la lumbre.

Algunos copos de nieve caían por el cañón de la chimenea, ¡por aquel camino de los duendes!

¡Y el viento silbaba á lo lejos, hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!

Mi padre y mi hermana mayor tocaban el arpa, y yo los acompañaba, á pesar suyo, con una gran zambomba, que había fabricado aquella tarde con un cántaro roto.

¿Conocéis la canción de los *Aguinalaos*, la que se canta en los pueblos que caen al Oriente del *Mulhacem*?

Pues á esa música se redujo nuestro concierto.

Las criadas se encargaron de la parte vocal, y cantaron coplas como la siguiente:

«Esta noche es Noche-buena
Y mañana Navidad;
Saca la bota, María,
Que me voy á emborrachar.»

Y todo era bullicio, todo contento. Los roscos, los mantecados, el alajú, los dulces hechos por las monjas, el rosoli, el aguardiente de guindas, circulaban de mano en mano... Y se hablaba de ir á la *Misa del Gallo* á las doce de la noche, y á los *Pastores* al romper el alba, y de hacer sorbete con la nieve que tapizaba el patio, y de ver el *Nacimiento* que habíamos puesto los muchachos en la torre...

De pronto, en medio de aquella alegría, llegó á mis oídos esta copla, cantada por mi abuela paterna:

«La Noche-buena se viene,
La Noche-buena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.»

A pesar de mis pocos años, esta copla me heló el corazón.

Y era que se habían desplegado súbitamente ante mis ojos todos los horizontes melancólicos de la vida.

Fué aquel un raptó de intuición impropia de mi edad; fué milagroso presentimiento; fué un anuncio de los inefables tedios de la poesía; fué mi primera inspiración... Ello es que ví con una lucidez maravillosa el fatal destino de las tres generaciones allí juntas y que constituían mi familia. Ello es que mis abuelas, mis padres y mis hermanos me parecieron un ejército en marcha, cuya vanguardia entraba ya en la tumba, mientras que la retaguardia no había acabado de salir de la cuna. ¡Y aquéllas tres generaciones componían un siglo! ¡Y todos los siglos habrían sido iguales! ¡Y el nuestro desaparecería como los otros, y como todos los que vinieran después!...

«La Noche-buena se viene...»
«La Noche-buena se va...»

Tal es la implacable monotonía del tiempo, el péndulo que oscila en el espacio, la indiferente repetición de los hechos, contrastando con nuestros leves años de peregrinación por la tierra...

«¡Y nosotros nos iremos,
Y no volveremos más!»

¡Concepto horrible, sentencia cruel, cuya claridad terminante fué para mí como el primer aviso que me daba la muerte, como el primer gesto que me hacía desde la penumbra del porvenir!

Entonces desfilaron ante mis ojos mil *Noches-buenas* pasadas, mil hogares apagados, mil familias que habían cenado juntas y que ya no existían: otros niños, otras alegrías, otros cantos perdidos para siempre; los amores de mis abuelas, sus trajes abolidos, su remota juventud, los recuerdos que les asaltarían en aquel momento; la infancia de mis padres, la primera *Noche-buena* de mi familia; todas aquellas dichas de mi casa anteriores á mis siete años... Y luego adiviné, y desfilaron también ante mis ojos, mil *Noches-buenas* más, que vendrían periódicamente, robándonos vida y esperanza; alegrías futuras en que no tendríamos parte todos los allí presentes— mis hermanos, que se esparcirían por la tierra; nuestros padres, que naturalmente morirían antes que nosotros; *nosotros* solos en la vida; el siglo xix sustituido por el siglo xx; aquellas brasas hechas cenizas; mi juventud evaporada, mi ancianidad, mi sepultura, mi memoria póstuma, el olvido de mí; la indiferencia, la ingrátitud con que mis nietos vivirían de mi sangre, reirían y gozarían, cuando los gusanos profanaran en mi cabeza el lugar en que entonces concebía todos aquellos pensamientos....

Un río de lágrimas brotó de mis ojos. Se me preguntó por qué lloraba, y, como yo mismo no lo sabía, como no podía discernirlo claramente, como de manera alguna hubiera podido explicarlo, interpretóse que tenía sueño y se me mandó acostar...

Lloré, pues, de nuevo con este motivo, y corrieron juntas, por consiguiente, mis primeras lágrimas filosóficas y mis últimas lágrimas pueriles, pudiendo hoy asegurar que aquella noche de insomnio, en que oí desde la cama el gozoso ruido de una escena á que yo no asistía por ser demasiado niño (según se creyó entonces), ó por ser ya demasiado hombre (según deduzco yo ahora), fué una de las más amargas de mi vida.

Debí, al cabo, de dormirme, pues no recuerdo si quedaron ó no en conversaci6n la Misa del Gallo, la de los Pastores y el sorbete proyectado.

III

¿D6nde está mi niñez?

Paréceme que acabo de contar un sueño.

¡Qué diablo! ¡Ancha es Castilla!

Mi abuela paterna, la que cantó la copla, murió hace ya mucho tiempo.

En cambio, mis hermanos se casan y tienen hijos.

El arpa de mi padre rueda entre los muebles viejos, rota y descordada.

Yo no ceno en mi casa hace algunas *Noches-buenas*.

Mi pueblo ha desaparecido en el Océano de mi vida, como islote que se deja atrás el navegante.

Yo no soy ya aquel Pedro, aquel niño, aquel foco de ignorancia, de curiosidad y de angustia que penetraba temblando en la existencia.

Yo soy ya... nada menos que un hombre, un habitante de Madrid, que se arrellana cómodamente en la vida y se engríe de su amplia independencia, como soltero, como novelista, como voluntario de la orfandad que soy, con patillas, deudas, amores y tratamiento de usted!!!

¡Oh! cuando comparo mi actual libertad, mi ancho vivir, el inmenso teatro de mis operaciones, mi temprana experiencia, mi alma descubierta y templada como un piano en noche de concierto, mis atrevimientos, mis ambiciones y mis desdenes, con aquel rapazuelo que tocaba la zambomba hace quince años en un rinc6n de Andalucía, sonríome por fuera, y hasta lanzo una carcajada, que considero de buen tono, mientras que mi solitario corazón destila en su l6brega caverna, procurando que no la vea nadie, una lágrima pura de infinita melancolía...

¡Lágrima santa, que un sello de franqueo lleva al hogar tranquilo donde envejecen mis padres!

IV

Conque vamos al negocio; pues, como dicen los muchachos por esas calles de Dios:

«Esta noche es Noche-buena
Y no es noche de dormir;
Que está la Virgen de parto
Y á las doce ha de parir.»

¿Dónde pasará la noche?

Afortunadamente, puedo escoger.

Y si no, veamos.

Estamos á 24 de Diciembre de 1855—en Madrid.

Conocemos por su nombre á los mozos de los cafés.

Tratamos tú por tú á los poetas aplaudidos, semi-dioses, por más señas, para los aficionados de lugar.

Visitamos los teatros por dentro, y los actores y los cantantes nos estrechan las manos entre bastidores.

Penetramos en la redacción de los periódicos, y estamos iniciados en la alquimia que los produce. Hemos visto los dedos de los cajistas tiznados con el plomo de la palabra, y los dedos de los escritores tiznados con la tinta de la idea.

Tenemos entrada en una tribuna del Congreso, crédito en las fondas, tertulias que nos aprecian, sastre que nos soporta...

¡Somos felices! Nuestra ambición de adolescentes está colmada. Podemos divertirnos mucho esta noche. Hemos tomado la tierra. Madrid es país conquistado. ¡Madrid es nuestra patria! ¡Viva Madrid!

Y vosotros, jóvenes provincianos, que, á la caída de la tarde, en el otoño, solitarios y tristes sacáis á pasear por el campo vuestros impotentes deseos de venir á la corte; vosotros, que os sentís poetas, músicos, pintores, oradores, y aborrecéis vuestro pueblo, y no habláis con vuestros padres, y lloráis de ambición, y pensáis en suicidaros...; vosotros... ¡reventad de envidia, como yo revío de placer!

V

Han pasado dos horas.

Son las nueve de la noche.

Tengo dinero.

¿Dónde cenaré?

Mis amigos, más felices que yo, olvidarán su soledad en el estruendo de una orgía.

«¡La noche es de vino!»—exclamaban hace poco rato.

Yo no he querido ser de la partida. Yo he atravesado ya, sin ahogarme, ese mar rojo de la juventud.

—«La noche es de lágrimas»—les he contestado.

Mis tertulias están en los teatros. ¡Los madrileños celebran la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo oyendo disparatar á los comediantes!

Algunas familias, en las que soy extranjero, me han querido dar la limosna de su calor doméstico, convidándome á comer,—¡porque ya no cenamos!...—Pero yo no he ido; yo no quiero eso; yo busco mi cena pascual, la colación de *Noche-buena*, mi casa, mi familia, mis tradiciones, mis recuerdos, las antiguas alegrías de mi alma... ¡La Religión que me enseñaron cuando niño!

¡Ah! Madrid es una posada.

En noches como esta se conoce lo que es Madrid.

Hay en la corte una población flotante, heterogénea, exótica, que pudiera compararse á la de los puertos francos, á la de los presidios, á la de las casas de locos.

Aquí hacen alto todos los viajeros que van de paso al porvenir, al reino fantástico de la ambición, ó los que vuelven de la miseria y del crimen...

La mujer hermosa viene aquí á casarse ó á prostituirse.

La pasiega deshonrada á criar.

El mayorazgo á arruinarse.

El literato por gloria.

El diputado á ser ministro.

El hombre inútil por un empleo.

Y el sabio, el inventor, el cómico, el gigante, el enano; así el que tiene una rareza en el alma, como el que la tiene en el cuerpo; lo mismo el monstruo de siete brazos ó de tres narices, que el filósofo de doble vista; el charlatán y el reformador; el que escribe melodías y el que hace billetes falsos, todos vienen á vivir algún tiempo á esta inmensa casa de huéspedes.

Los que logran hacerse notar, los que encuentran quien los compre, los que se enriquecen á costa de sí mismo, se tornan en posaderos, en caseros, en dueños de Madrid, olvidándose del suelo en que nacieran...

Pero nosotros, los caminantes, los inquilinos, los forasteros, nos damos cuenta esta noche de que Madrid es un vivac, un destierro, una prisión, un purgatorio...

Y por la primera vez en todo el año conocemos que ni el café, ni el teatro, ni el casino, ni la fonda, ni la tertulia son nuestra casa...

Es más; ¡conocemos que nuestra casa no es nuestra casa!

VII

La *Casa*, aquella mansión tan sagrada para el patriarca antiguo, para el ciudadano romano, para el señor feudal, para el árabe; la *Casa*, arca santa de los penates, templo de la hospitalidad, tronco de la raza, altar de la familia, ha desaparecido completamente en las capitales modernas.

La *Casa* existe todavía en los pueblos de provincia.

En ellos, nuestra casa es casi siempre nuestra...

En Madrid, casi siempre es del casero.

En provincias, cuando menos, la casa nos alberga veinte, treinta, cuarenta años seguidos...

En Madrid, se muda de casa todos los meses, ó á más tardar todos los años.

En provincias, la fisonomía de la casa siempre es

igual, simpática, cariñosa: envejece con nosotros; nos recuerda nuestra vida; conserva nuestras huellas...

En Madrid, se revoca la fachada todos los años bisiestos, se visten las habitaciones con ropa limpia, se venden los muebles que consagró nuestro contacto.

Allí, nos pertenece todo el edificio: el yerbooso patio, el corral lleno de gallinas, la alegre azotea, el profundo pozo, terror de los niños, la torre monumental, los anchos y frescos cenadores...

Aquí, habitamos medio piso, forrado de papel, partido en tugurios, sin vistas al cielo, pobre de aire, pobre de luz.

Allí, existe el afecto de la vecindad, término medio entre la amistad y el parentesco, que enlaza á todas las familias en una misma calle...

¡Aquí, no conocemos al que hace ruido sobre nuestro techo ni al que se muere detrás del tabique de nuestra alcoba, y cuyo estertor nos quita el sueño!

En provincias, todo es recuerdos, todo amor local: en un lado, la habitación donde nacimos; en otro, la en que murió nuestro hermano; por una parte, la pieza sin muebles en que jugábamos cuando niños; por otra, el gabinete en que hicimos los primeros versos..., y, en un sitio dado, en la cornisa de una columna, en un artesonado antiguo, el nido de golondrinas, al cual vienen todos los años dos fieles esposos, dos pájaros de Africa, á criar nueva prole...

En Madrid se desconoce todo esto.

¿Y la chimenea? ¿Y el hogar? ¿Y aquella piedra sacrosanta, fría en el verano y durante las ausencias, caliente y acariciadora en el invierno,—aquellas noches felices que ven la reunión de todos los hijos en torno de sus padres, pues hay vacaciones en el colegio, y los casados han acudido con sus pequeñuelos, y los ausentes, los hijos pródigos, han vuelto al seno de su familia? ¿Y ese hogar?... decidme..., ¿dónde está ese hogar en las casas de la corte?

¿Será un hogar acaso la chimenea francesa, fábrica de bronce, mármol ó hierro, que se vende en las tiendas al por mayor y al por menor, y hasta se alquila en caso necesario?

¡La chimenea francesa! ¡He aquí el símbolo de una familia cortesana! ¡He aquí vuestro hogar, madrileños! Hogar sujeto á la moda; que se vende cuando está antiguo; que muda de habitación, de calle y de patria: hogar, en fin (y esto lo dice todo), que se empeña en un día de apuro!

VIII

He pasado por una calle y he oído cantar sobre mi cabeza, entre el ruido de copas y platos y las risas de alegres muchachas, la copla fatídica de mi abuela:

«La Noche-buena se viene,
La Noche-buena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.»

—He ahí (me he dicho) una casa, un hogar, una alegría, una sopa de almendra y un besugo, que pudiera comprar por tres ó cuatro napoleones.

En esto, me ha pedido limosna una madre que llevaba dos niños: uno en brazos, envuelto en su deshilachado mantón, y otro más grande, cogido de la mano. ¡Ambos lloraban, y la madre también!

IX

¡No sé cómo he venido á parar á este café, donde oigo sonar las doce de la noche, la hora del Nacimiento!

Aquí, sólo, aunque bulle á mi alrededor mucha gente, he dado en analizar la vida que llevo desde que abandoné mi casa paterna, y me ha horrorizado por primera vez esta penosa lucha del poeta en Madrid; lucha en que sacrifica á una vana ambición tanta paz, tantos afectos.

¡Y he visto á los vates del siglo XIX convertidos en gacetilleros, á la Musa con las tijeras en la mano despedazando *suelos*, á los que en otros siglos hubieran cantado la epopeya de la patria, zurcir hoy *artículo de fondo* para rehabilitar un *partido* y ganar 50 duros mensuales!...

¡Pobres hijos de Dios! ¡Pobres poetas!

Dice Antonio Trueba (á quien dedico este artículo):

«Hallo tantas espinas
En mi jornada,
Que el corazón me duele,
¡Me duele el alma!...»

¡He aquí mi *Noche-buena* del presente, mi *Noche-buena* de hoy!

Luego he tornado otra vez la vista á las *Noches-buenas* de mi pasado, y, atravesando la distancia con el pensamiento, he visto á mi familia, que en esta hora patética me echará de menos; á mi madre, estremeciéndose cada vez que gime el viento en el cañón de la chimenea, como si aquel gemido pudiese ser el último de mi vida; á unos diciendo: «¡Tal año estaba aquí!»; á otros: «¿Dónde estará ahora?...»

¡Ay! ¡no puedo más! ¡Yo os saludo á todos con el alma, queridos míos! Sí: yo soy un ingrato, un ambicioso, un mal hermano, un mal hijo... Pero ¡ay otra vez, y ay cien mil veces!; yo siento en mí una fuerza sobrenatural que me lleva hacia adelante y que me dice: «¡Tú serás!» Voz de maldición que estoy oyendo desde que yacía en la cuna!

¿Y qué he de ser yo, desdichado? ¿Qué he de ser?

«Y nosotros nos iremos,
Y no volveremos más.»

¡Ah! yo no quiero irme: yo quiero volver: inmolado demasiado en la contienda para no salir victorioso: triunfaré en la vida y triunfaré en la muerte... ¡No

ha de tener recompensa esta infinita angustia de mi alma?

.....

Es muy tarde.

La copla de la difunta sigue revoloteando sobre mi cabeza.

«La Noche-buena se viene...»

¡Ah! ¡si! ¡Vendrán otras *Noches-buenas!*— me he dicho, reparando en mis pocos años.

Y he pensado en las *Noches-buenas* de mi porvenir.

Y he empezado á formar castillos en el aire.

Y me he visto en el seno de una familia venidera, en el segundo crepúsculo de la vida, cuando ya son frutos las flores del amor.

Ya se había calmado esta tempestad de amor y lágrimas en que zozobro, y mi cabeza reposaba tranquila en el regazo de la paciencia, ceñida con las flores melancólicas de los últimos y verdaderos amores.

¡Yo era ya un esposo, un padre, el jefe de una casa, de una familia!

El fuego de un hogar desconocido ha brillado á lo lejos, y á su vacilante luz he visto á unos seres extraños que me han hecho palpar de orgullo.

¡Eran mis hijos!...

Entonces he llorado...

Y he cerrado los ojos para seguir viendo aquella claridad rojiza, aquella profética aparición, aquellos seres que no han nacido...

La tumba estaba ya muy próxima... Mis cabellos blanqueaban...

Pero, ¿qué importaba ya? ¿No dejaba la mitad de mi alma en la madre de mis hijos? ¿No dejaba la mitad de mi vida en aquellos hijos de mi amor?

¡Ay! En vano quise reconocer á la esposa que compartía allí conmigo el anochecer de la existencia...

La futura compañera que Dios me tenga destinada, esa desconocida de mi porvenir, me volvía la espalda en aquel momento...

¡No: no la veía!... Quise buscar un reflejo de sus facciones en el rostro de nuestros hijos, y el hogar empezó á apagarse.

Y cuando se apagó completamente, yo seguía viéndolo...

¡Era que sentía su calor dentro de mi alma!

Entonces murmuré por última vez:

«La Noche-buena se va...»

Y me quedé dormido..., quizá muerto.

Cuando desperté, se había ido ya la *Noche-buena*. Era el primer día de Pascua.

1855.

PEDRO A. DE ALARCÓN.





Felipe II, amigo del árbol.



Nuestra Historia habrá habido pocos reyes que hayan legislado y se hayan interesado tanto por la conservación y repoblación del arbolado, como lo hizo Felipe II. Y adviértase que Felipe II, que aparece más grande cuanto más se le estudia en cualquier manifestación del progreso humano, llevó personalmente el gobierno de todos sus Estados, que fueron muchos y muy extensos, y eran innumerables los asuntos de gran importancia que casi á diario tenía que tratar y resolver. Por eso es mucho más admirable y digno de agradecimiento y de alabanza, considerándole sólo como protector de la conservación de los montes. Y no se contentó con legislar y cuidar con vigilancia del cumplimiento de sus leyes, dió también ejemplo, como lo hacía en todas las cosas buenas y de engrandecimiento en todos los órdenes para nuestra España, mandando repoblar y embellecer de árboles y jardines todas las posesiones reales.

**

Desde su elevación al trono de España, que fué el año 1556, dió Felipe II varias Cartas y Provisiones para la guarda, conservación y repoblación de montes, y es muy notable y merecedora de ser conocida de todos los amigos del árbol, la Provisión que mandó al Corregidor de la ciudad de Plasencia, y acaso á los Corregidores de otras ciudades, con fecha 22 de Febrero de 1567, porque con ella le envía una Instrucción bien detallada, y hasta científica, de cómo lo había de hacer todo, para el mejor éxito de la repoblación. Copiaré algunos párrafos de dicha Provisión: "A Vos el Corregidor de la ciudad de Plasencia: ya sabéis y debéis saber lo que acerca de la guarda, y conservación de los montes, de la nueva planta de dichos montes, y otros árboles está mandado, prohibido y ordenado por una Carta y Provisión del Emperador, y Rey mi Señor en la ciudad de Zaragoza a 21 días del mes de Mayo de 1518... y agora somos informados que no embargante lo dispuesto, y proveído en la dicha Audiencia, y lo que por otras Cartas y Provisiones nues-

tras para el mismo efecto, y para el cumplimiento, y ejecución de lo en ellas contenido hemos provisto, y mandado, y no embargante que aquello había sido y era tan justo, y conveniente al bien, y beneficio público de estos Reinos, por el descuido y negligencia de las Justicias y personas a quien está cometido que lo debían hacer, mandar, y cumplir por la desorden y exceso de algunos Concejos, y personas particulares, no solamente no lo han mandado, ni cumplido, antes en la mayor parte de estos Reinos, y lugares de ellos los montes antiguos están desmontados, y tallados, y rasados, y sacados de cuajo, y de nuevo son muy pocos los que se han plantado, ni los árboles, ni plantas que se han puesto en las riberas, y otros lugares públicos concejiles, y de otros heredamientos particulares; y que la tierra en la mayor parte de estos Reinos está yerma, y rasa sin árboles ningunos; que la leña y madera ha venido a faltar de manera, que ya en muchas partes no se puede vivir; y que no poniendo en esto remedio, siendo como es tan principal sustentamiento para la cría, y alivio de los ganados, y al vivir de los hombres, vendría a ser el daño, y perjuicio intolerable; acerca de lo cual, habiendo mandado platicar a los de nuestro Consejo, y habiéndonos consultado, fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra Carta para Vos, y Nos tuvimoslo por bien... Y para que no ocurriera con ésta lo mismo que con las anteriores Cartas y Provisiones, que no se habían ejecutado con la diligencia y esmero que el bien público exigía de todos, manda Felipe II al Corregidor, "que dentro de quince días despues de la notificación de esta nuestra Carta, nos envieis particular relacion de todo lo que hubiereis proveído, y lo que acerca de esto se oviere hecho..."

Bien merecía transcribirse íntegra la Instrucción que, juntamente con la Carta Real, manda Felipe II al Corregidor de Plasencia para que se viese el interés y deseo grande que tenía por la pronta y sabia repoblación de los montes y el cultivo de toda clase de árboles frutales. Entre otras cosas, de los comisionados que habían de ser entendidos y prácticos en la repoblación, dice: "...han de ver el sitio, y disposición que hay para lo de las otras plantas, y si hay río, o arroyo, u otros barrancos, y lugares húmedos donde los dichos árboles se puedan plantar en lo público y concejil, y qué género de árbo-

les según la calidad y disposición de las tierras... Quanto al tercer punto de las heredades de los particulares, han los comisionados en cada lugar, según la calidad y disposición de las tierras, ordenar los árboles que en los linderos de las viñas, y otras heredades se han de poner, declarando el género de árboles, y cuanto espacio y término ha de haber entre árbol y árbol, para que se les pueda poner tasa, y número de los que han de plantar...

El Corregidor de Plasencia respondió con entusiasmo á esta provisión de Felipe II, y ejecutó todo lo que en la Instrucción se mandaba, como consta en el libro de Ordenanzas de aquella ciudad. En otras regiones no se realizaba la repoblación con la prontitud y cuidado con que deseaba el Rey, y por eso continuó enviando Cartas y Provisiones á varios Corregidores, interesándoles por ella como por una de las cosas más útiles para el bien y prosperidad de España. Véase lo que el año 1582 encargaba Felipe II á D. Diego de Covarrubias, cuando le nombró Presidente del Consejo de Castilla: "Una cosa deseo ver acabada de tratar, y es lo que toca á la conservación de los montes y aumento de ellos, que es mucho menester, y creo que andan muy al cabo: temo que los que vinieren después de nosotros han de tener mucha queja de que se los dejamos consumidos, y plegue á Dios que no lo veamos en nuestros días. Esto ha mucho que se sometió al Doctor Velasco para que lo ordenase, y con sus grandes ocupaciones no ha podido ni creo que podrá; informaos en qué término lo tiene, y si fuera posible que lo acabase Velasco sería muy bueno. Y en este año veréis qué orden se podrá tener para que tenga fin... Don José Fernández Montaña, en su obra *Felipe II el Prudente, Rey de España, en relación con Artes y Artistas, con Ciencias y Sabios*, dice: "Nadie dude, pues, en el porvenir de los vivos deseos que el Rey prudente tuvo durante su largo reinado de embellecer, sanear y mejorar los pueblos, montes y valles con alamedas, pinares y árboles frutales que él mismo procuró traer de fuera y plantar en diversas provincias de sus Estados, mandándolo todo ya por escrito, ya de palabra á los Corregidores de las ciudades y hasta al Consejo de Castilla mediante su Presidente..

* *

Felipe II cuidó también, dando á todos un alto ejemplo de amor al árbol, de repoblar y embellecer de jardines todas sus posesiones reales. Siendo todavía Príncipe en 17 de Mayo de 1552, mandaba á Diego López de Medrano, Alcaide y Gobernador de los bosques y heredamientos de Aranjuez: "Que se acabe de limpiar el caz hasta la madre vieja de Castillejo, para que por todo él vaya el agua y se puedan regar las dehesas... y que de una y otra parte de dicho caz se planten chopos y fresnos desde donde comienza hasta donde acaba... que en to-

das partes donde hubiere chopos se quiten los que estuvieren tuertos y secos y se pongan otros en su lugar, de manera que todo esté poblado de ellos. Que la alameda de San Remondo se cerque de un seto, y en acabándose este arrendamiento, no se arriende más, y desde luego se rieguen y aderecen los álamos lo mejor que fuere posible... Lo cual todo haréis poner luego en ejecución... En su viaje á los Países Bajos, y siendo ya Rey, continuó Felipe II velando é interesándose por la repoblación de árboles en Aranjuez. Desde Amberes, con fecha 11 de Mayo de 1556, decía al mismo López de Medrano: "He holgado de entender que la calle grande se haya tornado á reponer, y está buena. Si algunos chopos se hubieren perdido ó perdieren, ordenaréis que se repongan con la brevedad que ser pueda, y que los que de nuevo se pusieren, sean los más crecidos que se sufiere, porque no se parezca la desigualdad, y tendréis cuidado de alargarla lo que tengo mandado, pues hay posturas para poderlo hacer... Y un poco más tarde, en 17 de Diciembre de aquel año, le escribía desde Bruselas: "Yo querría que en todo caso este año se hiciese en Aranjuez toda la plantía de chopos que tengo ordenado; y envió á mandar á Gaspar de Vega que vaya luego á juntarse con Vos, y asista á ello el tiempo que fuere necesario. Encargoos mucho que aunque se hayan de dejar de proseguir las otras obras que se hicieren ahí, ó parte de ellas, con la mayor diligencia que sea posible, en llegando el tiempo hagáis poner la mano en ello, previniendo entre tanto lo de las posturas y otras cosas que serán menester. Y mirad mucho que las posturas sean muy buenas, y que á las que pusieren en parte donde puedan recibir daños de los ganados ó venados, se les ponga su defensa para que no puedan llegar á arrimarse á ellas, ni á roerlas, conforme á lo que Gaspar de Vega vió que está hecho en el Parque de Bruselas... Y así por este estilo y con tan minuciosos detalles, aún se conservan varias otras cartas de Felipe II mandando á López de Medrano cuidara de la repoblación y hermoejamento de los bosques y jardines de Aranjuez.

Además, Felipe II mejoró las clases de árboles frutales de todas clases, como lo hizo mandando traer de Flandes por los años 1561 y 1562, más de cinco mil plantas, y de Francia el año 1563, según consta por una Real Cédula, otro gran número de ellos para ser ensayados ó inertados en Aranjuez y en Colindres de la Montaña. Dirigieron con gran sabiduría estos trabajos Juan Cabrera, de Córdoba, y el jardinero flamenco Guillermo Coulnous, venido de allí para enseñar en España las prácticas de jardinería de su tierra.

* *

Felipe II buscó y escogió lo mejor de lo mejor para construir, enriquecer y adornar el Monasterio

de San Lorenzo del Escorial. Por eso todos los grandes artistas de aquel tiempo trabajaron en él. De los mismos monjes jerónimos, á quienes iba á entregar el Monasterio para que le habitaran y custodiasen, mandó venir obreros mayores tan célebres como Villacastin, miniaturistas tan exquisitos como Andrés de León y Julián de la Fuente el Saz. Y para la repoblación de árboles y ejecución de jardines trajo también otro monje jerónimo, Marcos de Cardona, profesor del Monasterio de la Marta, de Barcelona, notable arboricultor y jardinero, como lo había ya demostrado especialmente hermoseando de jardines el Monasterio de Yuste para recreo del Emperador Carlos V. "Pretendió desde luego el Rey, dice el P. Sigüenza, que el lugar de la Frexnedá, y la dehesa junto della comprada de diversos herederos y personas de Segovia, se plantase de árboles y jardines, para que cuando la casa estuviere en perfección, las personas Reales y los Religiosos tuviesen donde recrearse honestamente. Tenía este religioso habilidad para esto: desembarazó el suelo, comenzó á disponerlo por sus calles y plantó el primer jardín que allí hubo." Este monje continuó dirigiendo todas las obras, que fueron muchas, de repoblación y jardinería, que ya entonces causaron admiración á cuantos las vieron por lo magistralmente realizadas. Véase lo que el mismo P. Sigüenza, testigo ocular, dice de los jardines que rodeaban al Monasterio: "La plaza que hace encima este terraplano, que como digo tiene cien pies de ancho, está toda llena de jardines y fuentes, como dicen que otro tiempo estuvieron sobre los muros de Babilonia aquellos que llamaron huertos Pensiles. Véense aquí infinita variedad de plantas, arbustos y yerbas, que dan grande copia de flores, de que en invierno y en verano, sin faltar jamás, se componen infinitos ramilletes de gran frescura y belleza, y con muy poca diligencia de los que los cultivan, se conservan en el más riguroso invierno muchas clavelinas y claveles, no solo de los que nos han en-

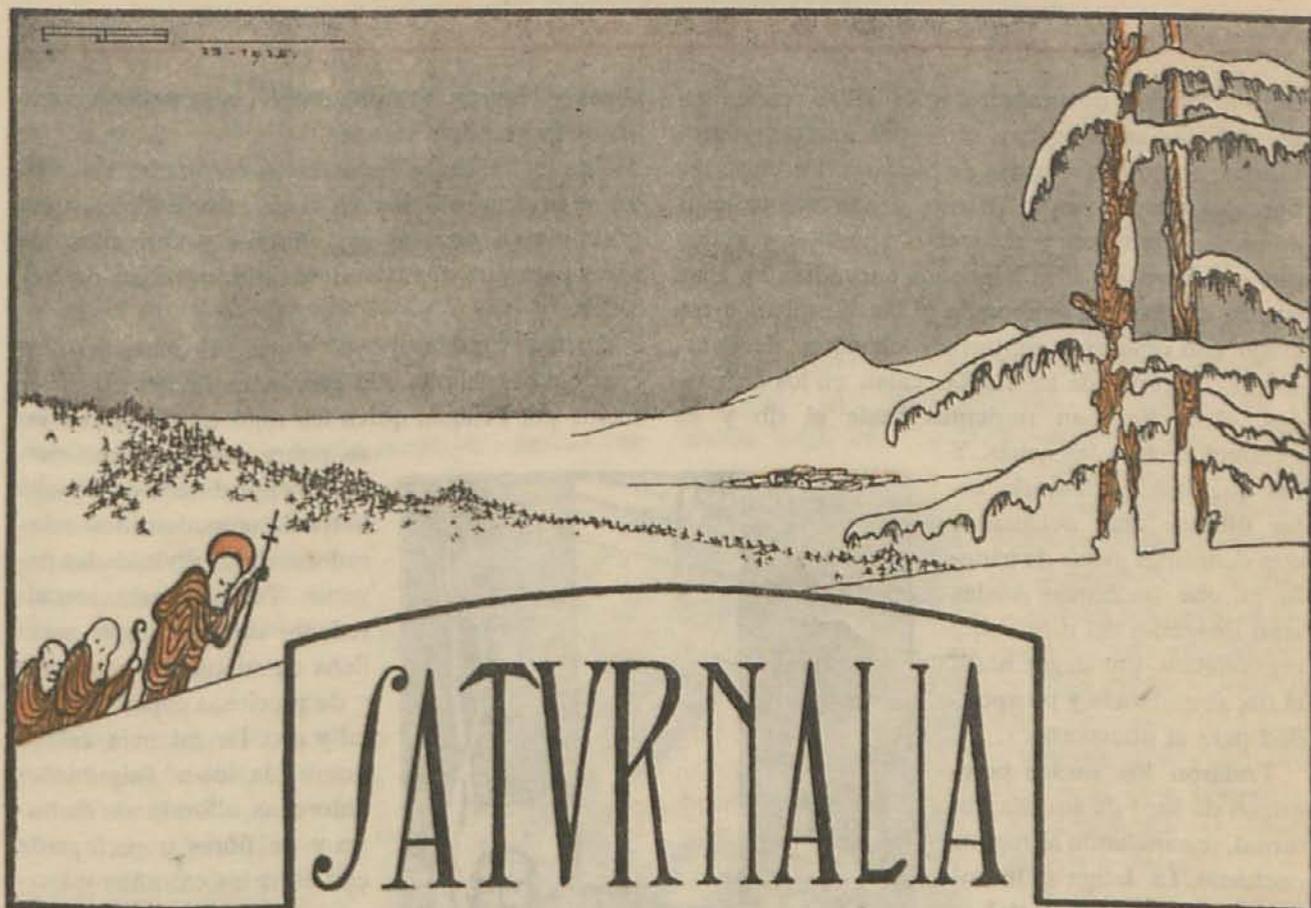
viado de nuestras Indias, sino de los finos y naturales de España, lo que no se hace en Aranjuez, ni en otros jardines regalados. Están repartidas en estas dos plazas doce fuentes, en el contorno de cada una hay cuatro cuadros de flores, haciendo artificiosos y galanos compartimentos. Mirados de lo alto de las ventanas, como dejan por una y otra banda paseaderos anchos, y ellos tienen sembrados por la verduura tan varios colores de flores, blancas, azules, coloradas, amarillas, encarnadas y de otras agradables mezclas, y están tan bien compartidos, parecen unas alfombras finas, traídas de Turquía, del Cairo, ó Damasco... Por las paredes, desde las rejas de las centinas abajo, están hechos unos enrejados ó celosías de madera por entre ellos engeridos, rosales, ligustros, mosquetas, jazmines, madreselvas: y aun lo que muchos no creen, naranjos y limones, que gozamos de sus flores y de sus frutos, á pesar de los fríos fabonios y cierzos de la sierra... Son estos jardines y fuentes y cuanto en ellos hay la cosa más alegre de esta fábrica para unos y para otros: porque bien bajen á ellos los religiosos y otras personas de la casa Real, se paseen y cojan flores en el verano, ó gocen del sol en el invierno, bien se miren desde las celdas ó aposentos que caen encima de ellos, que es lo más y lo mejor que se habita en la casa, es un alivio grande para el alma, despierta la contemplación, y hacen levantar á la hermosura del cielo el pensamiento.

Estoy seguro que todos los amigos del árbol conocerían ya á Felipe II como uno de sus más grandes protectores y amigos. Valgan los pocos datos que he transcrito, pues quedan todavía muchos más, para que todos en adelante tengan al gran Rey Felipe II, y así le ensalcen y veneren, como uno de sus más entusiastas amigos.

P. GUILLERMO ANTOLÍN, O. S. A.

Bibliotecario Mayor del Escorial.





ESTA es la leyenda del Obispo Hilario y sus compañeros, que atravesaron las nevadas cumbres alpinas y llevaron lámpara de vida á lejanas tierras en los días del crepúsculo de los dioses paganos.

San Hilario y sus discípulos habían derribado en el camino á su destierro de Frigia templos de idolatría y destruído sus nefandas aras. Terribles fantasmas les asediaban en sus sueños: endriagos y vestiglos surgían á su paso de los bosques espesos y sombríos y de las cavernas de las altas montañas. El dios Pan les aterrorizaba con sus selváticos lamentos, Apolo les amenazaba con sus dardos igneos, Pallas Athenae sacudía la terrible cabeza de la Gorgona ante sus ojos espantados.

Era en el triste solsticio hiemal: La nieve cubría los campos. Por ásperos y pedregosos senderos ca-

minaba Hilario con sus discípulos. Después de fatigosas jornadas llegaron á un cerro consagrado al padre Júpiter. La estatua del olímpico Jove había sido derribada; su altar, hecho pedazos, había caído al abismo. Sus últimos sacerdotes habían muerto de tristeza. El antes suntuoso templo pagano era mísero albergue de peregrinos y mendigos. Hilario pasó en él la noche con sus compañeros. Al despuntar el alba emprendieron nuevamente su camino. Al atardecer llegaron á una aldea de risueñas casas, cuyos tejados brillaban en la inmensa sábana de nieve como lirios rojos en un vaso de mármol.

Era un país desolado, misterioso y triste. Recordaba las islas que ensoñó Plutarco llenas de demonios é infernales espíritus, que suscitan tormentas fragorosas y visiones espantables. Contrastaba con el melancólico paisaje que rodeaba aquella aldea, la desenfrenada alegría de sus habitantes. Los peregrinos vieron maravillados sus excesos. Todos bebían y danzaban alrededor de inmensas hogueras, y cantaban extraños himnos de estrofas sensuales y bá-

quicas. Todos devoraban carnes vivas, panes ardientes y se embriagaban en copas anchas y profundas, como la venenosa de Samaria. De entre los boscajes vieron surgir Hilario y sus compañeros doncellas hermosas y mancebos apuestos y rudos que se acercaban á las hogueras, encendían en ellas ruedas de madera embreada y las lanzaban cerro abajo con ominosos conjuros y clamores de entusiasmo. Algunas de las ruedas caían en los barrancos, otras llegaban rugientes hasta el río y se extinguían entre las aguas. Y los que habían lanzado estas últimas eran aclamados con delirantes gritos de triunfo, porque las igneas ruedas eran imágenes del dios Sol, y presagiaban, por llegar hasta el río, abundancia y prosperidad para el nuevo año.

Trataron los santos peregrinos de huir de aquella Saturnal, renunciando al reposo nocturno. La fatiga se lo impidió. Sus miembros estaban entumecidos y sus pies sangraban agrietados. Un extranjero salió á su encuentro. Su aspecto era consolador, su porte digno y grave.—Santos varones—les dijo—, Pelagia, mi señora, ha tenido noticia de vuestra llegada á sus dominios; sabe que venís á ellos á predicar la fe nueva, y os

ruega por mi intermedio humildemente que vengáis á descansar esta noche en su cercano palacio.

—¿Es romana tu señora?— preguntó el Obispo Hilario.

—Desde Roma vino á estas tierras—replicó el mensajero—, pero antes vivía en Grecia, y allí tuvo gran amistad con los filósofos y los sabios.

Los peregrinos decidieron seguir al enviado de Pelagia.

Con su linterna en la mano, y envuelto en su toga, condújoles por intrincados caminos. Después de atravesar un espeso bosque, vieron brillar con mil luces un edificio suntuoso de columnas esbeltí-

simas y blancas. Era una amplia casa patricia como las de la grandeza romana.

Una legión de bellas esclavas coronadas de mirtos se acercaron á los viajeros, ofreciéndoles agua cristalina en cráteras argentíferas y abrigadas túnicas para que repusieran las que llevaban destrazadas.

Apenas cambiaron sus ropas, el mensajero les condujo al triclinio. Allí fueron recibidos graciosamente por Pelagia, quien les rogó que vivieran en su pobre casa mientras ejercían su apostolado en aquella tierra de empedernidos adoradores de las divinidades paganas. Todos se sentaron alrededor de una larga mesa llena de succulentos manjares y de preciosas copas de cristal y oro. La estancia estaba iluminada con fulgurantes antorchas, alfombrada de hojas y de flores y perfumada con esencias extrañas y suaves.

De todas las mujeres de la tierra, ninguna podía soñarse más dulce y maravillosamente bella que Pelagia. Acogió al santo Obispo sonriente, sentóle á su lado y empezó á preguntarle detalles de sus trabajos apostólicos y de sus largas peregrinaciones desde las tierras arlesianas.

Mientras hablaba, sus ojos, como estrellas, iluminaban su rostro con luz opalina y suavísima. Inclina sobre el Obispo Hilario su hermosa cabeza y su seno fragante, y bebía con melancólica avidez sus palabras, mientras los demás peregrinos la contemplaban extasiados y convencidos de que estaban en presencia de una esencia angélica y no de una imperfecta y deleznable criatura humana. Hasta San Hilario mismo sentía su corazón henchido de ternura al contemplar aquella joven perfectísima, que parecía flor de bondad, de humildad, de belleza, de sabiduría y de gracia...

Decía Pelagia:— Este solsticio hiemal, el más corto de los días del helado Diciembre, ha sido para



mí abundante de dichas, porque os ha traído ¡oh, santos peregrinos! á la casa de esta pecadora, y no habéis rechazado la hospitalidad que de todo corazón os ha ofrecido. Se avecinan para vosotros largas y dolorosas tribulaciones, porque los habitantes de este país son orgullosos, contumaces y violentos; pero podréis descansar siempre aquí de vuestras fatigas. Yo y mis esclavos procuraremos cumplir y adivinar, si ello nos es dado, hasta el más mínimo de vuestros deseos... Más adelante, cuando hayáis reposado de vuestras duras jornadas, os preguntaré algunas cosas que necesito ver esclarecidas. Deseo que en estas largas noches invernales me habléis de los misterios divinos... Tú, santo Obispo, los conoces á fondo y tienes misión de enseñar á los que andamos entenebrecidos y vacilando...

El venerable Obispo sonrió paternalmente al oír estas frases de Pelagia y dijo: —La fatiga desaparece cuando se trata de las cosas del espíritu. Pregunta lo que quieras, hija mía...

Pelagia no se hizo rogar más. —Dime primero —interrogó gozosa al santo Hilario— si sabes cuál es la más excelente de todas las cosas pequeñas que Dios ha puesto en este mundo.

Hilario pensó largo rato sin poder contestar la pregunta de la hermosa patricia. Quiso decirla, al fin, que no lo sabía, pero las palabras que salieron de sus labios fueron ajenas á su pensamiento, y en vez de declararse incapaz de contestar la pregunta de Pelagia, dijo: —De todas las cosas pequeñas que Dios ha creado, ninguna tan excelente como el rostro del hombre y de la mujer, porque entre todos los rostros de los hijos de Adán no hay dos que sean iguales, y porque en este pequeño espacio ha puesto el Eterno todos nuestros sentidos, y en él vemos como en un espejo la imagen de nuestras almas...

Los discípulos del santo Obispo escucharon tan maravillados como él mismo la acertada respuesta de su maestro.

—Bien contestado—dijo Pelagia...; sin embargo, me parece que hay algo más precioso y excelente...; pero vamos á otra cosa. ¿Cuál es la tierra que está más próxima al cielo?...

San Hilario enmudeció, permaneciendo también largo rato pensativo; pero otra vez la voz que era su voz, pero que decía palabras que no dictaba su mente, habló así:—La tierra más próxima al cielo fué el cuerpo de Cristo que murió en el árbol de la cruz y era carne de nuestra carne que es polvo y ceniza...

—Bien contestado—repitió Pelagia palideciendo y mirando fija y sombríamente al santo Obispo...—Permitid, sabio varón, que os haga otra pregunta... ¿Qué distancia hay entre el cielo y la tierra?...

Por tercera vez pareció al Obispo Hilario ser incapaz de encontrar respuesta; pero la misma voz sobrehumana contestó por él en tono amenazador y severo:

—Nadie puede decíroslo con mayor exactitud que Lucifer, pues la recorrió en su caída.

Pelagia lanzó un grito agudísimo y penetrante y

se levantó de su sitial ocultando entre sus marfilinas manos su preciosa cabeza...; pero la voz continuó en el interior del espíritu de Hilario.—No te detengas..., respira sobre ella el hálito del nombre de Cristo.

Y San Hilario, levantándose, lanzó al rostro encantador de Pelagia, el hálito del Santo Nombre... y al punto se oscurecieron los ojos como estrellas de la dama, y el espíritu y la flor de la vida perecieron en su hermosísimo cuerpo. Y los compañeros del santo Obispo no vieron más á la bella patricia... sino á una peregrina estatua de blanco mármol que reconocieron al punto ser de la diosa que los roma-



nos llamaron Venus, y los griegos Afrodita... y que tuvo también por nombre Pelagia, como señora de los mares.

Y la estatua se mantuvo en su pedestal apenas un instante. Ante la mirada fija y severa del santo Obispo cayó hecha pedazos, y las antorchas fulgurantes se apagaron, y los perfumes se desvanecieron, y el aire helado de la noche azotó los rostros de los viajeros... y los confines del horizonte brumoso se iluminaron lentamente con los tintes grises que preceden á la aurora...

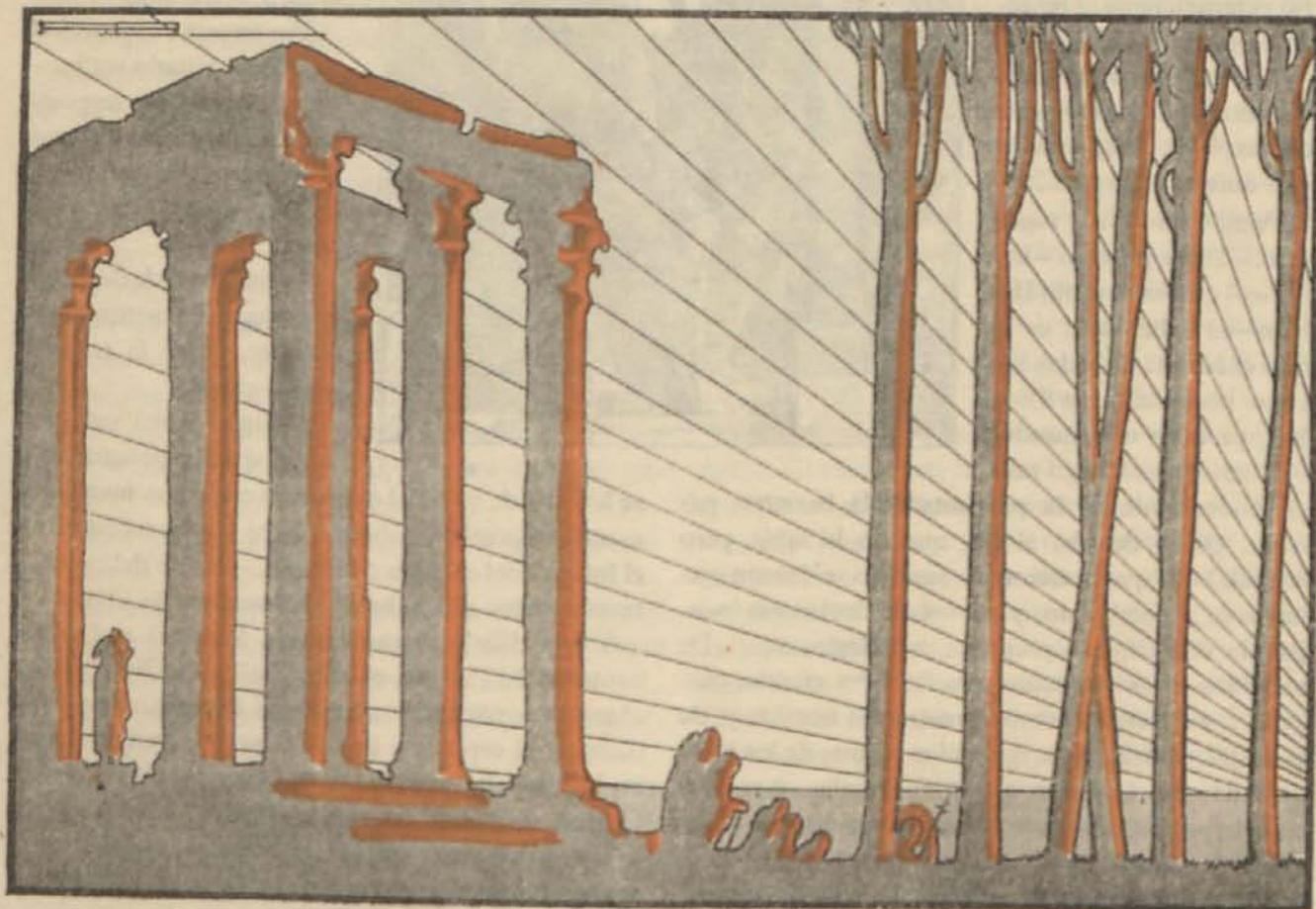
Los peregrinos oraron y esperaron la luz para alejarse de aquellos lugares malditos... Y la luz vino y vieron que estaban sobre las ruinas de un antiguo templo romano, y que entre ellas había esparcidos

fragmentos blancos de la estatua de la tentadora sutil y bellísima...

Una manada de fieros lobos grises ululaban en el bosque... Los peregrinos los ahuyentaron con sus oraciones, y siguieron luego sin desmayos sus sendas de espinas, de sacrificio y de llanto...

.....
Y esta es la leyenda del Obispo Hilario y sus compañeros, que después de atravesar las nevadas cumbres alpinas, llevaron lámpara de vida á lejanas tierras de Frigia en los días del crepúsculo de los ídolos, en que los regocijos por el nacimiento de la Verdadera Luz, ahogaron para siempre los delirios de las saturnales paganas...

C. NAVARRO LAMARCA.

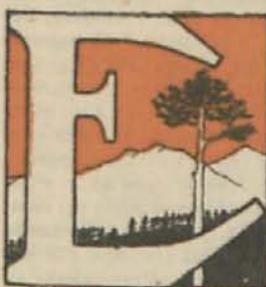


El paisaje en España.



III

EL BIERZO



El Bierzo lo ha pintado Enrique Gil (1815-1846). ¿Qué idea tenemos de este poeta? ¿Qué imagen suya nos hemos formado leyendo, cuando adolescentes, hace ya muchos años, una novela fantástica ó una poesía sentimental al pasar las hojas

de una vieja *Ilustración*? Al recuerdo lejano, esfumado y borroso de Enrique Gil va unida la sensación de una estampa—vista en una de esas antiguas *Ilustraciones*—que representa el claustro lleno de malezas, con cipreses, de una catedral, ó el castillo ruinoso de una vieja ciudad. En la catedral, bajo las arcadas del patio, no hay acaso nadie (los países y las ciudades que representan esas estampas románticas diríase que están deshabitados); al pie del castillo tampoco se ve viviente alguno. Pero si, por casualidad, hay alguien, es entre las columnatas del claustro, un señor con una melenita y un sombrero ancho; un señor que está allí rígido, enhiesto; un señor correcto, con todos los pliegues de su traje simétricos y exactos. ¿Por qué este hombre, á pesar de su corrección y de su rigidez, nos produce una sensación indefinible? ¿La soledad que le rodea es tan grande! ¿Cuánto tiempo estará aquí este hombre meditando, mirando sin ver, mirando su ensueño interior? Pasarán los años, cambiarán los usos y las modas; caerán tronos y surgirán otros mandantes y príncipes. Un día, al azar de nuestras andanzas, nuestras manos tropezarán con esta misma colección vieja que hojeamos antaño; comenzaremos á pasar las hojas; nuestra mirada volverá á caer sobre la estampa del claustro de la catedral con sus malezas y sus cipreses. Allí, contemplando perennemente, mirando sin ver, rígido, enhiesto, se encuentra al soñador de antaño.

La imagen de nuestro poeta, la imagen del Enrique Gil, que intelectualmente conocimos antaño, es exactamente la de este hombre. No es un espíritu excepcional este poeta. Pero en él encontramos, con toda su falta de consistencia y de hondura, el encanto de esas viejas estampas de las revistas olvidadas, el atractivo inexplicable que nos produce este señor aquí dibujado, bajo las arcadas de un patio solitario. Enrique Gil vivió apartado del rebullido mundano y murió joven. Estudió en el seminario de una vieja ciudad llena de clérigos; luego, cursó Derecho en la Universidad de otra ciudad castellana. Más tarde sale para un país lejano, y acaba en él sus días... Cuando pensamos en el poeta, nos acordamos siempre de su deseo de que unas cuantas violetas crecieran sobre su sepulcro, y vemos á otro poeta yendo á esparcir esas violetas sobre la tumba del amigo querido que tan lejos de la patria finara.

En 1844 se publicó la primera edición de *El Señor de Bembibre*. La novela de Enrique Gil es candorosa é infantil; no tiene trabazón lógica; las impropiedades é incongruencias abundan; no se distingue tampoco el autor por la formación de recios y coherentes caracteres. Pero este libro forma, ó debe formar época en la evolución de nuestra literatura; en las páginas de este libro nace por primera vez en España el paisaje en el arte literario. ¿Lo sabía el autor? ¿Era el propósito de Enrique Gil, no el de tejer una fábula novelesca, sino el de tomar de ella motivo para ir ensartando paisajes y más paisajes de la bella tierra del Bierzo? *El Señor de Bembibre* no es más que eso: una colección de paisajes. La fábula de la novela se desenvuelve en la Edad Media; pero la naturaleza, siempre igual, casi igual siempre, con pocas variantes á lo largo de los siglos, allí está con sus arboledas, sus umbrías y sus serenos lagos. Como en los cuadros de Velázquez

los lejos del Guadarrama y del panorama castellano son idénticos siempre á la realidad actual, estos paisajes que el poeta pone como fondos de una historia medioeval, retratan con exactitud los campos y las montañas invariables.

Copiaremos alguno de los paisajes trazados por Enrique Gil; la elección no es fácil; apenas se pasan seis ú ocho páginas sin tropezar con alguna descripción; casi todas revisten un singular encanto. Vea el lector, para comenzar, la siguiente pintura de una campiña al amanecer:

Don Alvaro salió de su castillo muy poco después de Martina y encaminándose á Ponferrada, subió el monte de Arenas, torció á la izquierda, cruzó el Boeza y sin entrar en la bailía, tomó la vuelta de Cornatel. Caminaba orillas del Sil, ya entonces junto con el Boeza, y con la pura luz del alba, é iba cruzando aquellos pueblos y valles que el viajero no se cansa de mirar, y que á semejante hora estaban poblados con los cantares de infinitas aves. Ora atravesaba un soto de castaños y nogales; ora un linar cuyas azuladas flores semejabán la superficie de una laguna; ora praderas fresquísimas y de un verde delicioso, y de cuando en cuando solía encontrar un trozo de camino cubierto á manera de dosel con un rústico emparrado. Por la izquierda subían en un declive manso á veces y á veces rápido, las montañas que forman la cordillera de la Aquiana con sus faldas cubiertas de viñedo, y por la derecha se dilataban hasta el río, huertas y alamedas de gran frondosidad. Cruzaban los aires bandadas de palomas torcaces, con vuelo veloz y sereno al mismo tiempo: las pomposas oropéndolas y los vistosos gayos revoloteaban entre los árboles, y pintados jilgueros y desvergonzados gorriónes se columpiaban en las zarzas de los setos. Los ganados salían con sus cencerros y un pastor jovencillo iba tocando en una flauta de corteza de castaño una tonada apacible y suave.

Desde el primer momento se notará ya cierta semejanza y paralelismo con Carlos Haes. Hay algo, indudablemente, de la técnica de la época (cierta afectación, cierta manera lamida y suave, cierto gusto por la composición un poco teatral); pero hay también mucho del país, del ambiente, de la tonalidad peculiar de la tierra que se copia. Por una concordancia felicísima, esa manera de Haes y de Gil—un poco artificiosa, un poco ingenua—responde aquí admirablemente al paisaje que se retrata. ¿Respondería del mismo modo esa modalidad en la descripción de un desamparado paisaje de la Mancha, ó de otro abrupto, severo, noble y recio de Gredos ó Guadarrama? Seguramente, que no. Y nótese también en la descripción citada ese rasgo de *un trozo de camino cubierto á manera de dosel con un rústico emparrado*. Detalle muy característico, uno de esos recursos—como el del trozo de columna rota sobre un plinto, abrazada por la yedra—, uno de esos recursos de composición propios de la época, y, en general, de todos los viejos paisajistas.

Ahora una soberbia visión de panorama desde una eminencia:

Quedáronse entonces entrambos en silencio como embebecidos en la contemplación del soberbio punto de vista que ofrecía aquel alcázar reducido y estrecho, pero que, semejante al nido de las águilas, dominaba la llanura. Por la parte de Oriente y Norte le cercaban los precipicios y derrumbaderos horribles, por cuyo fondo corría el riachuelo que acababa de pasar D. Alvaro, con un ruido sordo y lejano, que parecía un continuo gemido. Entre Norte y ocaso se divisaba un trozo de la cercana ribera del Sil, lleno de árboles y verdura, más allá del cual se extendía el gran llano del Bierzo, poblado entonces de monte y dehesas y terminado por las montañas que forman aquel hermoso y feraz anfiteatro. El Cua, encubierto por las interminables arboledas y sotos de sus orillas, corría por la izquierda al pie de la cordillera, besando la falda del antiguo *Bergidum*, y bañando el Monasterio de Carracedo. Y hacia el Poniente, por fin, el lago azul y transparente de Carracedo, harto más extendido que en el día, parecía servir de espejo á los lugares que adornan sus orillas y á los montes de suavísimo declive que le encierran. Crecían al borde mismo del agua, encinas corpulentas y de ramas pendientes parecidas á los sauces que aún hoy se conservan, chopos altos y doblegadizos como mimbres que se meclan al menor soplo del viento y castaños robustos y de redonda copa. De cuando en cuando una bandada de lavancos y gallinetas de agua revolaba por encima describiendo espaciosos círculos, y luego se precipitaba en los espadañales de la orilla ó levantando el vuelo desaparecía detrás de los encarnados picachos de las médulas.

Sigue la semejanza con los cuadros de Haes. Las ramas del bosqueje inclinadas sobre las aguas y espejándose en la tersa y serena haz; las bandadas de aves acuáticas revolando blandamente sobre un cielo gris en el que se columbra una hendidura azul... Toca la vez á un paisaje de otoño: otoño y en la melancólica tierra del Bierzo.

El Otoño había sucedido á las galas de la Primavera y á las canículas del verano, y tendía ya su manto de diversos colores por entre las arboledas, montes y viñedos del Bierzo. Comenzaban á volar las hojas de los árboles: las golondrinas se juntaban para buscar otras regiones más templadas, y las cigüeñas, describiendo círculos alrededor de las torres en que habían hecho su nido, se preparaban también para su viaje. El cielo estaba cubierto de nubes pardas y delgadas, por medio de las cuales se abría paso de cuando en cuando un rayo de sol, tibio y descolorido. Las primeras lluvias de la estación, que ya habían caído, amontonaban en el horizonte celages espesos y pesados, que adelgazados á veces por el viento y esparcidos entre las grietas de los peñascos y por la cresta de las montañas, figuraban otros tantos cendales y plumas abandonados por los genios del aire en medio de su rápida carrera. Los ríos iban ya un poco turbios é hinchados, los pajarillos volaban de un árbol á otro sin soltar sus trinos armoniosos, y las ovejas corrían por las laderas y por los prados recién despojados de su yerba, balando ronca y tristemente. La naturaleza entera parecía despedirse del tiempo alegre y prepararse para los largos y oscuros lutos del invierno.

Pocos paisajes de *El señor de Bembibre*, tan significativos y delicados como éste. Todo el poeta está en él; todo el poeta, callado, modesto y triste, que estudia en un seminario de una ciudad apartada y luego va á morir á tierras remotas.

Una tarde primaveral:

Estaba poniéndose el sol detrás de las montañas que parten términos entre el Bierzo y Galicia y las revestía de una especie de aureola luminosa que contrastaba peregrinamente con sus puntos oscuros. Algunas nubes de formas caprichosas y mudables sembradas acá y acullá por un cielo hermoso y purísimo, se teñían de diversos colores, según las herían los rayos del sol. En los sotos y huertas de la casa estaban floridos todos los rosales y la mayor parte de los frutales, y el viento que los movía mansamente venía como embriagado de perfumes. Una porción de ruiseñores y jilguerillos cantaban melodiosamente, y era difícil imaginar una tarde más deliciosa.

Y para terminar, un paisaje en que diríase que se mezcla un elemento de subjetivismo.

La tarde declina...

El sol se ponía detrás de los montes dejando un vivo rastro de luz que se extendía por el lago y á un mismo tiempo iluminaba los diversos terrenos esparciendo aquí sombras y allí claridades. Numerosos rebaños de ganado vacuno bajaban mugiendo á beber, moviendo sus esquilas, y otros hatos de ovejas y cabras y tal cual piara de yeguas con sus potros juguetones, venían también á templar su sed, triscando y botando, mezclando relinchos y balidos. Los lavancos y gallinetas, tan pronto en escuadrones ordenados, como desparramados y solitarios, nadaban por aquella reluciente llanura. Una pastora que en su saya clara y dengue encarnado mostraba ser joven y soltera y en sus movimientos gran soltura y garbo, conducía sus ovejas cantando una tonada

sentida y armoniosa, y como si fuera un eco, de una barca que cruzaba silenciosa, costeando la orilla opuesta, salía una canción guerrera entonada por la voz robusta de un hombre, pero que apagada por la distancia perdía toda su dureza, no de otra suerte que si se uniese al coro armonioso, templado y suave que al declinar el sol, se levantaba de aquellas riberas.

¿Qué nos dice esa barca que cruza silenciosa, lenta, por el lago, en tanto que en el aire sereno se cruzan una tonada y el eco lejano de una canción? Aunque el poeta no se lo haya propuesto, en ese cuadro —como en los de Patinir—, hay algo más que las realidades visibles. Poeta: en esa barca lenta marcha tu alma. Y por encima de tí —poeta ya elegido por la muerte— una canción resonando en el ámbito solitario, te dice la vida, la esperanza, la lucha; pero otra, más distinta y más clara, te dice lo fugitivo del tiempo y de las cosas. El cielo se ilumina con los resplandores postreros del crepúsculo. Callada, silenciosa, la barca se desliza sobre las aguas...





LA OGMA DE PEDRAZA

La Revista ESPAÑA FORESTAL me perdonará el remitirle estas cuatro letras de un Ceramista que, al amar y estudiar la tierra para sacar esmaltes— ó sea la cantidad de luz que la tierra misma contiene—, por necesidad ha de comprender y amar los árboles, que es tierra viva convertida en carne y luz, y á quienes se ha llamado «Hermanos menores del Hombre». Esta acuarela, pues, es algo muy mío.



URÉGANO, Coca, Sepúlveda y Pedraza: he aquí cuatro villas recias de fiero abolengo castellano, cuatro pueblos, peanas de castillos que fueron formidables, y hoy, en ruinas ya, son evocación de viejos días muy bellos.

Pedraza, sobre todo, es una página de nuestra Historia. Si viniendo de Sepúlveda (1) buscáis en el horizonte la Villa que disputa á Itálica el noble honor de haber sido la cuna de Trajano, la veréis aparecer entre dos cerros. Una hondonada de lujuriante vegetación y en la única puerta de aquella muralla que aún hoy todavía guarda el pueblo de Dios sabe qué codicias. La subida es áspera y difícil, pero el alma se extasia contemplando la severa silueta del castillo magníficamente orientado. Hay que detenerse muchas veces para recibir íntegra la impresión de fuerza de aquel baluarte de un modo soberano, enfilado en la altura, dominando la cañada y la villa, como si aún tuviera la obligación de librarla de las mesnadas de los Ricos-Homes.

Ya en el pueblo es delicia de los ojos aquellas casas vetustas, vestigios romanos, huellas románicas, góticos recuerdos, piedras moldeadas por el Renacimiento, solares hidalgos, con su aspecto de casas fuertes ó casas solariegas, sus verjas y hierros forjados á brazo, balaustres interesantes de sus balcones ó voladizos, escudos que hablan de rancias empresas afortunadas, gérmenes de Raza.

Quando en los días de la feria entran por esa única puerta abierta en la muralla, la cabalgata de los serranos, ellas, con su típico refajo corto amarillo ó rojo, de franjas negras; ellos, con sus albarcas y zafones y su tez curtida y morena, casi negra, parece que la ciudad vuelve al tiempo de los Velascos y que las arcadas y columnatas de la Plaza recobran su lozana gallardía del pasado.

Son buena gente esos campesinos. Vienen de Navafria, de Aldealengua, de Gallegos, Matalabuena, Prádena y Arcones, gente toda que se reveló con terquedad castellana á cambiar de costumbres y de trajes y á cuya aparición la villa salta siglos atrás, como si la vista de aquellas curiosas y ancestrales ropas la devolviera el esplendor hoy muerto en la necia igualdad de un ambiente roído por el mal gusto.

El castillo gigante de los Condestables vela. En una de sus torres, Francisco I dejó en rehenes como rescate de sí propio, nada menos que á sus dos hijos, Francisco y Enrique de Valois, que luego fueron Reyes de Francia. Cuatro años estuvieron allí; del 1526 al 1530, y el castillo, orgulloso, como si fuera consciente de su pasada gloria, dice altanerías que el artista sabe interpretar, que caen sobre la villa como menudas hojas invisibles de un árbol de estirpe despojado por el Otoño de nuestros sentimientos relajados.

Hay en la Plaza un árbol, y ese árbol es como el castillo, rudo, inmenso é inmortal. ¿Quién le plantó allí en el ángulo de la Plaza, quién le dejó crecer hasta que con su ramaje diera sombra él sólo al mercado? Podéis creer que los mismos hijos de Francisco, el prisionero de Leiva; podéis imaginaros

(1) Dista de Segovia 23 kilómetros, y de Sepúlveda 19 kilómetros.

que fuera Trajano mismo. Es tan viejo, que asombra, y tan fuerte, que pasma. Sus raíces crecieron, y tanto, que levantaron las losas del pavimento de la Iglesia románica de San Juan; sus ramas son toldo de la Plaza. La olma generosa, al sobrevivirse, ha derramado en el espacio lo que arrancó en las entrañas, y si destroza el suelo de la Iglesia, extiende su velarium sobre la Plaza para librar á los campesinos del fiero sol de Castilla. Su vejez tiene mucho de simbólica, y Pedraza le ama. Cuando Pedraza no exista, él seguirá tendiendo sus ramas sobre el vasto sepulcro. Hoy reina sobre la ciudad, y el castillo, con sus viejas leyendas, no vale lo que él. Sus fibras se han petrificado y la savia corre entre ellas como

agua en las vetas de la sierra y esa linfa tiene como el agua serrana, gérmenes de vitalidad, fresca y franca alegría, inagotables dias de dulce sombra.

Más afortunado que millares de árboles, que al hacha de la codicia rindió la olma de Pedraza, crecerá aún más, y como Castilla, será más bella á medida que vaya siendo menos joven, más vieja. Ante él os preguntáis, sorprendidos por su grandeza: ¿qué limos tiene esta tierra que así hace germinar tal árbol? ¿Es que el genio castellano se reveló entero en él, ó fué que quien lo plantó poseía en el corazón el secreto de la eternidad?

DANIEL ZULOAGA.



España Forestal.

que tu - ra mi Die -



NIDOS ARTIFICIALES



CUANDO estudié el bachillerato me fueron muy desagradables las literaturas latina y griega, ya porque no supe lo bastante de ambos idiomas para entrever sus bellezas, ya porque mis maestros se esforzaron en hacérmelas antipáticas, ya por ambas

causas, que es lo más probable.

Sin embargo, tengo debilidad por el famoso dramaturgo Aristófanes, y la tengo, no por lo bien que manejase la pluma ni por el interés dramático de sus composiciones, sino únicamente porque escribió la comedia *Las Aves*, y en ella menciona su utilidad «devorando punzadores mosquitos en los valles pantanosos, conservando los frutos en flor, al destruir las infinitas castas de animales que en el seno de la tierra ó en las ramas de los árboles los consumen, aun antes que hayan brotado del tierno cáliz, matando los insectos que corrompen con su fétido contacto los perfumados huertos, libertando los higos de los cinifes, que son comidos por un escuadrón de tordos, y todos los reptiles y venenosos sapos mueren al golpe de sus forzudas alas.»

Muchas veces también, al pensar en países que tienen la desgracia de ser pésimamente gobernados, me acuerdo de la ideal ciudad de las aves, que en dicha comedia se trata de fundar y del pregón que ofrece un talento al que matase á Filócrates el pajarrero y cuatro al que lo presentara vivo, «porque ataba los pinzones de siete en siete y los vendía por un óbolo, porque atormentaba á los tordos inflándolos, para que parecieran más gordos, porque atravesaba con plumas el pico de los mirlos, etc.» ¿Cuántos Filócrates, con otros nombres se encuentran á cada paso en nuestras plazas y mercados, que hacen el mismo caso de los bandos de los Gobernadores y Alcaldes que aquel griego de los pregonados en Nefelococigia, la ciudad de las aves?

Allí un actor lamentaba la persecución que sufrían los alados seres con estas palabras, que prueban lo poco que se ha progresado en el arte de perseguirlas: «Hoy os apedrean como á los dementes (¡vaya un tratamiento contundente que se aplicaba á los locos!), hoy os arrojan de los templos, hoy infinitos cazadores os tienden lazos y preparan contra vosotras varetas, cepos, hilos, redes y pihuelas.»

Mas, ¡oh, efecto de las antiguas ideas!, por los beneficios que á los hombres otorgaban, las aves pretendían que se les ofrecieran holocaustos, mientras que hoy reducen sus aspiraciones á que se las deje vivir y gozar de libertad.

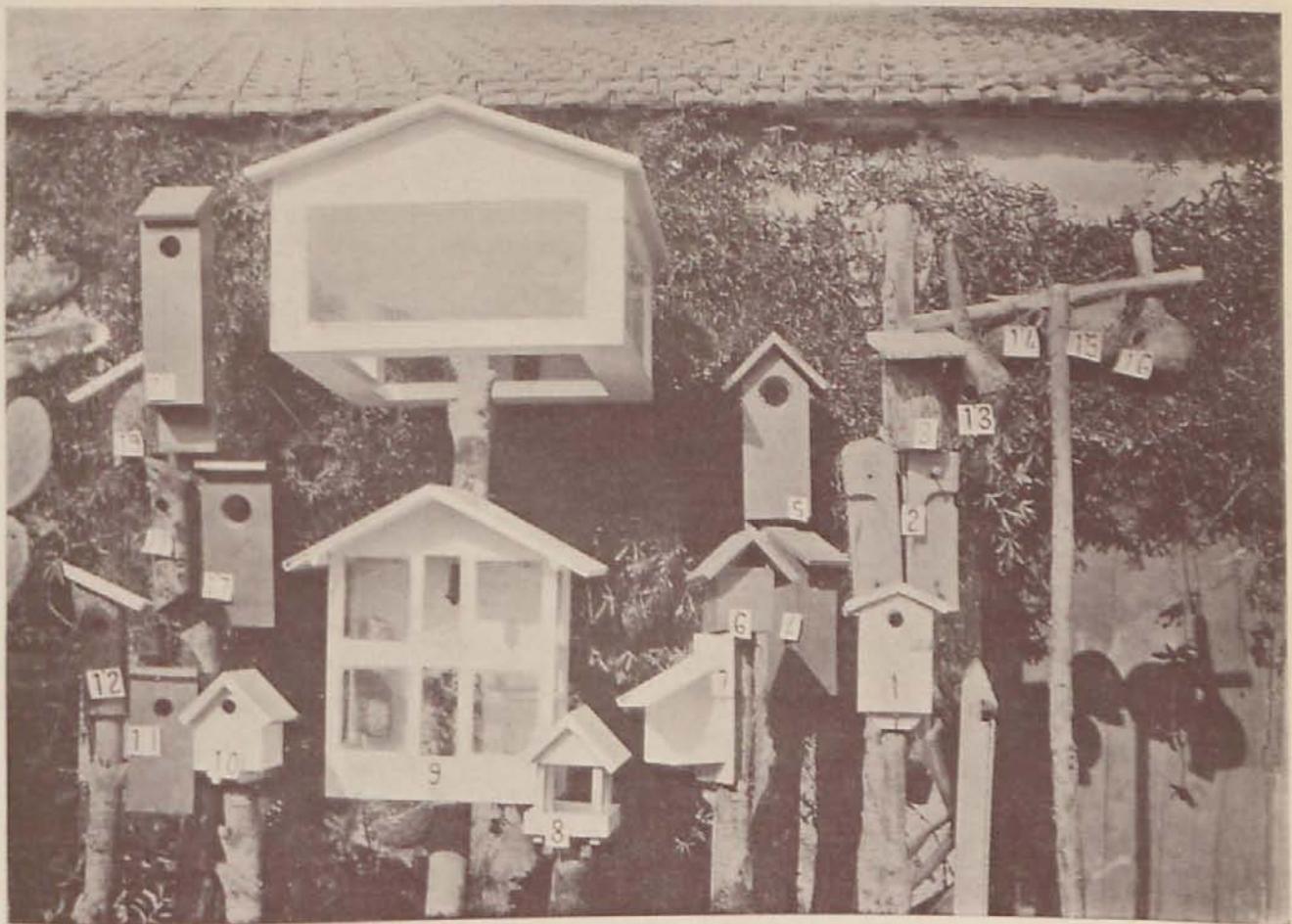
Aunque desde aquellos tiempos han transcurrido veinticinco siglos, y está penetrado el hombre de los beneficios que debe á las aves, en lugar de ofrecerles sacrificios se complace en sacrificarlas y aun en exterminarlas, cual si fueran sus mayores enemigos, corroborando el aserto de Calderón, cuando hizo decir á Segismundo:

«hombre soy, pues que ya empiezo
á pagar mal beneficios.»

Esto sigue ocurriendo, á pesar de los indiscutibles progresos de la ciencia y de la política. Verdad es que el tal progreso nos ha conducido á que media humanidad destruya fraternalmente á la otra media por todos los procedimientos antes descubiertos y por los que actualmente se van descubriendo; confirmando también el aserto de Plinio de que el hombre es un lobo para el hombre. Lo más triste son los indicios de que dentro de otros veinticinco siglos estará tan distante como ahora la llegada del pacífico superhombre, aunque acaso no falten entonces superpedantes.

Así ocurre mirada la humana especie en conjunto, que en detalle el espectáculo es más consolador, pues varias naciones y no pocos individuos en las restantes, reconocen que si bien no procede ofrecer á las aves sacrificios y oraciones, se les debe protección, para que embellezcan y alegren el paisaje las que según Leopardi son «las criaturas más regocijadas de la creación», y, sobre todo, para que opongan firme barrera á las plagas de insectos.

Con razón dijo Michelet que el hombre no hubiera podido vivir sin las aves, que le han preservado del insecto y del reptil, pero que las aves viven perfectamente sin el hombre. Muy pocas personas se hacen cargo de las grandes pérdidas que suponen los ataques de los insectos y sólo se fijan en ello cuando forman verdaderas plagas. En los Estados Unidos, donde las estadísticas se aproximan á la verdad y no se hacen á capricho en los rincones de una oficina, calculan que la baja anual de cosechas por esta causa asciende á enormes cantidades, y en cambio, se ha visto que donde abundan los pájaros devoran el 95 por 100 de los insectos, resul-



Fot. Codorniu.

Nidos artificiales.



tando de ello que la protección á las aves insectívoras no es cuestión de sentimentalismo, sino verdadero negocio.

Al iniciarse una plaga es posible limitarla utilizando procedimientos destructivos, y las ricas cosechas agrícolas también permiten combatirla después, aunque con grandes sacrificios; pero cuando adquiere gran intensidad en los montes, casi nunca puede acabar con ella la acción del hombre, y así es de absoluta necesidad acudir pronto y además aplicar constantemente medios preventivos, que consisten en hacer desaparecer cuanto favorezca el desarrollo de los insectos y en multiplicar sus enemigos naturales. Entre todos, ninguno más eficaz que la propagación de las aves insectívoras.

A ese efecto, se impedirá que se las persiga, cace ó capture con lazos ó redes, que se vendan como alimento las insectívoras, porque un kilo de su carne cuesta la vida á cientos de pajarillos, evitando, además, que se destruyan sus nidos. Para atraerlas se deben plantar muchos árboles, dejar en los montes y en los campos pequeñas espesuras, donde el hombre no penetre nunca y en las que haya arbustos, cuyos frutos, en períodos de escasez, puedan servirles de alimento, distribuir comederos para que subsistan en invierno, preparar bebederos y baños donde se refresquen en verano, y, sobre todo, colocar nidos, muchos nidos artificiales que utilicen para sus crías.

Fué Alemania el primer país en donde comenzó á hacerse eficaz la protección á las aves y el documento más antiguo que lo comprueba es la ordenanza dictada en 1777 en el principado de Lippe-Detmold, al Norte de Francfort, seguida de análogas disposiciones en diversos puntos de aquel imperio é imitada después en otros países. Ahora las sociedades agrícolas de los Estados Unidos se interesan vivamente en este asunto.

Lo hecho servía para que no se alejaran los pájaros, mas para atraerlos fueron de gran resultado las experiencias del Barón de Berlepsch en Alemania, que colocó millares de nidos en sus montes y multiplicó los arbustos y las plantas alimenticias, además de proporcionarles comida durante el invierno. A la vez se estudiaban las costumbres de las diversas especies, se averiguaba qué forma de nidos es la más adecuada á las necesidades de cada una, y se observó que, á medida que pasa el tiempo, nuevas especies de aves se acomodan en ellos y aun los buscan con afán las que en nidos artificiales nacieron.

En los montes públicos alemanes se colocan numerosísimos nidos, los particulares imitan el proceder del Estado, y en vez de tener pájaros enjaulados, procuran por todos los medios atraerlos á sus parques y jardines. Al efecto, además, ponen cerca de los nidos pequeños depósitos de plumitas y mechones de lana, preparan un charco en que puedan

amasar tierra las aves que de tierra fabrican su nido y una vasija con arena en el fondo para que se bañen; disimulan con barro las cabezas de los clavos y tornillos que unen las tablas del hotelito que se les destina, y de un año para otro se hace cuidadosa limpieza en el interior del nido, y aun se echa dentro polvo de azufre, como eficaz remedio para defender las aves de los ataques de sus parásitos.

Los afortunados poseedores de hoteles con jardín ó parque deben colocar siempre comederos, bebederos y nidos á la vista del público, pues aunque no los utilice alguna pareja de pajaritos, se da buen ejemplo de amor al ave; que el proceder de los altos, influye decididamente en las costumbres.

Los pájaros no cuidan gran cosa del lujo.

«Más precia el ruiseñor su pobre nido
de pluma y leves pajas, más sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,
que halagar lisonjero las orejas
de algún príncipe insigne, aprisionado
en el metal de las doradas rejas.»

{FERNÁNDEZ DE ANDRADA}

Así hacen sus nidos hasta en los objetos más toscos: un tiesto roto y volcado, un sombrero viejo que cayó en una espesura, ó una lata de conservas. Muchas de las cajas de madera que desechamos como inútiles, servirían para nidos. Hay aves que prefieren los cerrados, sin más ventilación que un agujero circular de entrada de dos á seis centímetros de diámetro, y para que los ocupen otras especies han de tener uno ó dos costados completamente abiertos; algunos deben consistir en un sólo tejadillo que evite penetre la lluvia; para otros basta una tabla que resguarde del viento. La corteza de una rama descompuesta con base de madera y tejadillo de zinc, forma suficiente abrigo para ciertas especies. También se puede cortar una rama gruesa, aserrarla longitudinalmente, socavar en las dos mitades el agujero de entrada y el hueco para el nido, reunir ambas secciones con tornillos y colocando una planchita de zinc, para que el agua no penetre por la hendidura, se tendrá un nido bastante bueno. En general, conviene que la cubierta sea impermeable y que las uniones de las tablas no den paso al viento, aunque siempre es oportuno dejar agujeros en el piso para que pueda salir el agua de lluvia que entre.

No se olviden tampoco las costumbres particulares de cada especie. En las casitas capaces para que las habiten los picos, que anidan en los troncos huecos de los árboles, si no hallan algún serrín donde depositar los huevos lo fabricarán golpeando en las tablas, que de este modo quedarán destrozadas.

Cúidese de sujetar bien los nidos á los postes, á los troncos ó á las ramas de los árboles con cuerdas ó alambres, colocándolos á la altura que agrade

á los inquilinos. Ténganse en cuenta las inclinaciones y las costumbres de los pájaros para quienes se preparan, pues unos prefieren la soledad, mientras otros toleran la proximidad de distintas especies, mas no las de sus hermanos y, en cambio, algunos son tan sociables que construyen sus nidos inmediatos á los ya existentes.

Inexplicable es que no haya nidos en todos los parques de los hoteles de particulares y en los jardines públicos, porque además de la utilidad, sería un gran atractivo para sus poseedores y para los paseantes poder observar detalles de la vida de esas aves, á la vez libres y en domesticidad, que entonces ven en el hombre no un carcelero, sino á un amigo, pues se les presenta con el aspecto simpático del casero, que á más de no cobrar alquileres, aún subvenciona de alguna suerte al inquilino. Sin duda que los pajaritos pagan ampliamente tales favores con sus gorjeos, con el espectáculo de sus ágiles y graciosos movimientos, con librar á las flores de las orugas que las devoran. Resulta un negocio, un gran negocio, la construcción y colocación de casas y barriadas para pájaros. Animense los que ésto lean y participenme el resultado de la empresa.

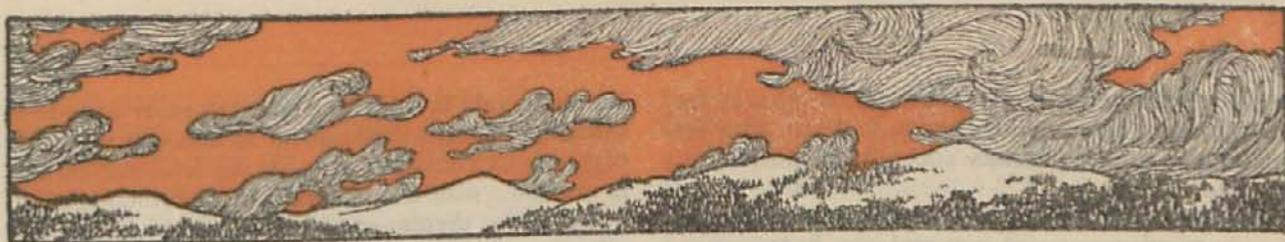
El pájaro es el ideal del hombre. Tener alas, volar, recorrer el espacio con la velocidad del águila, poder prescindir de caminos y de puentes, que son las muletas de que se vale la humanidad para

dar los primeros pasos en el camino del progreso... Toca al siglo actual la gloria de haberlo realizado, aunque muy imperfectamente todavía; pero ¿cuántos siglos y siglos de investigaciones y descubrimientos? ¿qué numerosos ensayos han sido precisos? y también ¿cuántas vidas perdidas! ¿Cuándo podremos rasgar el aire con la seguridad que tiene cualquier pajarillo, aunque su maquinaria esté reducida á la que la naturaleza le proporcionó? ¿Y no es tan vergonzoso como triste que en la actualidad los vuelos del hombre sólo sirvan para sembrar la destrucción y la muerte?

Pero pensemos en algo más honroso para el género humano. Hoy ya tenemos legislación protectora, hasta internacional, para las aves insectívoras, aunque desgraciadamente en ciertos países donde se dictan las leyes para desacreditar á los Gobiernos, porque no obligan á cumplirlas, matan y venden pájaros insectívoros en los mercados, sin otro obstáculo que el que pone alguna rarísima autoridad ó funcionario. Mas aún falta dar otro paso en los países donde se cumplen las leyes, que es el de proteger las aves que destruyen mamíferos roedores, y también el de revisar la clasificación de las especies útiles, pues á medida que se estudian mejor, se halla que deben incluirse como tales algunas que se consideraban indiferentes y hasta dañosas.

R. CODORNÍU.





Maese Pérez el organista.



N Sevilla, en el mismo atrio de Santa Inés, y mientras esperaba que comenzase la Misa del Gallo, oí esta tradición á una demandadera del convento.

Como era natural, después de oirla, aguardé impaciente que comenzara la ceremonia, ansioso de asistir á un prodigio.

Nada menos prodigioso, sin embargo, que el órgano de Santa Inés, ni nada más vulgar que los insulsos motetes que nos regaló su organista aquella noche.

Al salir de la Misa, no pude por menos de decirle á la demandadera con aire de burla:

—¿En qué consiste que el órgano de maese Pérez suena ahora tan mal?

—¡Toma!—me contestó la vieja—, en que ese no es el suyo.

—¿No es el suyo? ¿Pues qué ha sido de él?

—Se cayó á pedazos de puro viejo, hace una porción de años.

—¿Y el alma del organista?

—No ha vuelto á parecer desde que colocaron el que ahora le sustituye.

Si á alguno de mis lectores se le ocurriese hacerme la misma pregunta, después de leer esta historia, ya sabe el por qué no se ha continuado el milagroso portento hasta nuestros días.

I

—¿Véis ese de la capa roja y la pluma blanca en el fieltro, que parece que trae sobre su justillo todo el oro de los galeones de Indias; aquél que baja en este momento de su litera para dar la mano á esa otra señora, que después de dejar la suya, se adelanta hacia aquí, precedida de cuatro pajes con hachas? Pues ese es el marqués de Moscoso, galán de la condesa viuda de Villapineda. Se dice que antes de poner sus ojos sobre esta dama, había pedido en matrimonio á la hija de un opulento señor; mas el padre de la doncella, de quien se murmura que es

un poco avaro... pero, ¡calle! en hablando del ruin de Roma, cátales aquí que asoma. ¿Véis aquél que viene por debajo del arco de San Felipe, á pie, embozado en una capa oscura, y precedido de un solo criado con una linterna? Ahora llega frente al retablo.

¿Reparásteis, al desembozarse para saludar á la imagen, la encomienda que brilla en su pecho?

A no ser por ese noble distintivo, cualquiera le creería un lonjista de la calle de Culebras... Pues ese es el padre en cuestión; mirad cómo la gente del pueblo le abre paso y le saluda.

Toda Sevilla le conoce por su colosal fortuna. Él solo tiene más ducados de oro en sus arcas que soldados mantiene nuestro señor el rey Don Felipe; y con sus galeones podría formar una escuadra suficiente á resistir á la del Gran Turco...

Mirad ese grupo de señores graves: esos son los caballeros veinticuatro. ¡Hola, hola! También está aquí el flamencote, á quien se dice que no han echado ya el guante los señores de la cruz verde, merced á su influjo con los magnates de Madrid... Este no viene á la iglesia más que á oír música... No, pues si maese Pérez no le arranca con su órgano lágrimas como puños, bien se puede asegurar que no tiene su alma en su armario, sino friéndose en las calderas de Pedro Botero... ¡Ay, vecina! Malo... malo... presumo que vamos á tener jarana; yo me refugio en la iglesia, pues por lo que veo, aquí van á andar más de sobra los cintarazos que los *Pater Noster*. Mirad, mirad; las gentes del duque de Alcalá doblan la esquina de la plaza de San Pedro, y por el callejón de las Dueñas se me figura que he columbrado á las del de Medinasidonia... ¿No os lo dije?

Ya se han visto, ya se detienen unos y otros, sin pasar de sus puestos... los grupos se disuelven... los ministriles á quienes en estas ocasiones apalean amigos y enemigos, se retiran... hasta el señor asistente, con su vara y todo, se refugia en el atrio... y luego dicen que hay justicia.

Para los pobres...

Vamos, vamos, ya brillan los broqueles en la obscuridad... ¡Nuestro Señor del Gran Poder nos asista! Ya comienzan los golpes ¡vecina! ¡vecina! aquí... an-

tes que cierren las puertas. Pero ¡calle! ¿Qué es eso? Aun no han comenzado, cuando lo dejan. ¿Qué resplandor es aquél? ¡Hachas encendidas! ¡Literas! Es el señor obispo.

La Virgen Santísima del Amparo, á quien invocaba ahora mismo con el pensamiento, lo trae en mi ayuda... ¡Ay! ¡Si nadie sabe lo que yo debo á esta Señora!... ¡Con cuánta usura me paga las candelillas que le enciendo los sábados!... Vedlo, qué hermosote está con sus hábitos morados y su birrete rojo... Dios le conserve en su silla tantos siglos como yo deseo de vida para mí. Si no fuera por él, media Sevilla hubiera ya ardidado con estas disensiones de los duques. Vedlos, vedlos, los hipocritones, cómo se acercan ambos á la litera del Prelado para besarle el anillo... Cómo le siguen y le acompañan, confundiendo con sus familiares. Quién diría que esos dos que parecen tan amigos, si dentro de media hora se encuentran en una calle obscura... es decir, ¡ellos... ellos!... Libreme Dios de creerlos cobardes; buena muestra han dado de sí, peleando en algunas ocasiones contra los enemigos de Nuestro Señor... Pero es la verdad, que si se buscaran... y si se buscaran con ganas de encontrarse, se encontrarían, poniendo fin de una vez á estas continuas reyertas, en las cuales los que verdaderamente baten el cobre de firme son sus deudos, sus allegados y su servidumbre.

Pero vamos, vecina, vamos á la iglesia, antes que se ponga de bote en bote... que algunas noches como ésta suele llenarse de modo que no cabe ni un grano de trigo... Buena ganga tienen las monjas con su organista... ¿Cuándo se ha visto el convento tan favorecido como ahora?... De las otras comunidades, puedo decir que le han hecho á maese Pérez proposiciones magníficas, verdad que nada tiene de extraño, pues hasta el señor arzobispo le ha ofrecido montes de oro por llevarle á la catedral... pero él, nada... Primero dejaría la vida que abandonar su órgano favorito... ¿No conocéis á maese Pérez? Verdad es que sois nueva en el barrio... Pues es un santo varón; pobre, sí, pero limosnero cual no otro... Sin más parientes que su hija ni más amigo que su órgano, pasa su vida entera en velar por la inocencia de la una y componer los registros del otro... ¡Cuidado que el órgano es viejo!... Pues nada, él se da tal maña en arreglarlo y cuidarlo, que suena que es una maravilla... Como que le conoce de tal modo, que á tientas... porque no sé si os lo he dicho, pero el pobre señor es ciego de nacimiento... Y ¡con qué paciencia lleva su desgracia!... Cuando le preguntan que cuánto daría por ver, responde: mucho, pero no tanto como creéis, porque tengo esperanzas. —¿Esperanzas de ver? —Sí, y muy pronto— añade sonriéndose como un ángel—; ya cuento setenta y seis años; por muy larga que sea mi vida, pronto veré á Dios...

¡Pobrecito! Y si lo verá... porque es humilde como

las piedras de la calle, que se dejan pisar de todo el mundo... Siempre dice que no es más que un pobre organista de convento, y puede dar lecciones de solfa al mismo maestro de capilla de la Primada; como que echó los dientes en el oficio... Su padre tenía la misma profesión que él; yo no le conocí, pero mi señora madre, que santa gloria haya, dice que le llevaba siempre al órgano consigo para darle á los fuelles. Luego, el muchacho mostró tales disposiciones que, como era natural, á la muerte de su padre heredó el cargo. ¡Y qué manos tiene! Dios se las bendiga. Merecía que se las llevaran á la calle de Chicarreros y se las engarzasen en oro... Siempre toca bien, siempre; pero en semejante noche como ésta, es un prodigio... El tiene una gran devoción por esta ceremonia de la Misa del Gallo, y cuando levantan la Sagrada Forma al punto y hora de las doce, que es cuando vino al mundo Nuestro Señor Jesucristo... las voces de su órgano son voces de ángeles...

En fin, ¿para qué tengo de ponderarle lo que esta noche oirá? baste el ver cómo todo lo más florido de Sevilla, hasta el mismo señor arzobispo, vienen á un humilde convento para escucharle; y no se crea que sólo la gente sabida y á la que se le alcanza esto de la solfa conocen su mérito, sino que hasta el populacho. Todas esas bandadas que veís llegar con teas encendidas entonando villancicos con gritos desaforados al compás de los panderos, las sonajas y las zambombas, contra su costumbre, que es la de alborotar las iglesias, callan como muertos cuando pone maese Pérez las manos en el órgano... y cuando alzan... no se siente una mosca... de todos los ojos caen lagrimeras tamaños, y al concluir se oye como un suspiro inmenso, que no es otra cosa que la respiración de los circunstantes contenida mientras dura la música... Pero vamos, vamos, ya han dejado de tocar las campanas, y va á comenzar la Misa; vamos adentro...

Para todo el mundo es esta Noche-Buena, pero para nadie mejor que para nosotros.

Esto diciendo, la buena mujer que habia servido de cicerone á su vecina, atravesó el atrio del convento de Santa Inés, y codazo en éste, empujón en aquél, se internó en el templo, perdiéndose entre la muchedumbre que se agolpaba en la puerta.

II

La iglesia estaba iluminada con una profusión asombrosa. El torrente de luz que se desprendía de los altares para llenar sus ámbitos, chispeaba en los ricos joyeles de las damas que, arrodillándose sobre los cojines de terciopelo que tendían los pajes y tomando el libro de oraciones de manos de las dueñas, vinieron á formar un brillante círculo alrededor de la verja del presbiterio. Junto á aquella verja, de pie, envueltos en sus capas de color galoneadas de oro, dejando entrever con estudiado descuido las enco-

miendas rojas y verdes, en la una mano el fieltro, cuyas plumas besaban los tapices, la otra sobre los bruñidos gavilanes del estoque ó acariciando el pomo del cincelado puñal, los caballeros veinticuatro, con gran parte de lo mejor de la nobleza sevillana, parecían formar un muro, destinado á defender á sus hijas y sus esposas del contacto de la plebe. Esta, que se agitaba en el fondo de las naves, con un rumor parecido al del mar cuando se alborota, prorrumpió en una aclamación de júbilo, acompañada del discordante sonido de las sonajas y los panderos, al mirar aparecer al arzobispo, el cual, después de sentarse junto al altar mayor bajo un solio de grana que rodearon sus familiares, echó por tres veces la bendición al pueblo.

Era la hora de que comenzase la Misa.

Transcurrieron, sin embargo, algunos minutos sin que el celebrante apareciese. La multitud comenzaba á rebullirse, demostrando su impaciencia; los caballeros cambiaban entre sí algunas palabras á media voz, y el arzobispo mandó á la sacristía uno de sus familiares á inquirir el por qué no comenzaba la ceremonia.

—Maese Pérez se ha puesto malo, muy malo, y será imposible que asista esta noche á la Misa de media noche.

Esta fué la respuesta del familiar.

La noticia cundió instantáneamente entre la muchedumbre. Pintar el efecto desagradable que causó en todo el mundo, sería cosa imposible; baste decir que comenzó á notarse tal bullicio en el templo, que el asistente se puso de pie y los alguaciles entraron á imponer silencio, confundiéndose entre las apiñadas olas de la multitud.

En aquel momento, un hombre mal trazado, seco, huesudo y bisojo por añadidura, se adelantó hasta el sitio que ocupaba el prelado.

—Maese Pérez está enfermo—dijo—: la ceremonia no puede empezar. Si queréis, yo tocaré el órgano en su ausencia; que ni maese Pérez es el primer organista del mundo, ni á su muerte dejará de usarse este instrumento por falta de inteligente...

El arzobispo hizo una señal de asentimiento con la cabeza, y ya algunos de los fieles que conocían á aquel personaje extraño por un organista envidioso, enemigo del de Santa Inés, comenzaban á prorrumpir en exclamaciones de disgusto, cuando de improviso se oyó en el atrio un ruido espantoso.

—¡Maese Pérez está aquí!... ¡Maese Pérez está aquí!...

A estas voces de los que estaban apiñados en la puerta, todo el mundo volvió la cara.

Maese Pérez, pálido y desencajado, entraba en efecto en la iglesia, conducido en un sillón, que todos se disputaban el honor de llevar en sus hombros.

Los preceptos de los doctores, las lágrimas de su hija, nada había sido bastante á detenerle en el lecho.

—No, había dicho; esta es la última, lo conozco, lo conozco, y no quiero morir sin visitar mi órgano, y esta noche sobre todo, la Noche-Buena. Vamos, lo quiero, lo mando; vamos á la iglesia.

Sus deseos se habían cumplido; los concurrentes le subieron en brazos á la tribuna, y comenzó la Misa.

En aquel punto sonaban las doce en el reloj de la catedral.

Pasó al introito y el Evangelio y el ofertorio, y llegó el instante solemne en que el sacerdote, después de haberla consagrado, toma con la extremidad de sus dedos la Sagrada Forma y comienza á elevarla.

Una nube de incienso que se desenvolvía en ondas azuladas llenó el ámbito de la iglesia; las campanillas repicaron con un sonido vibrante, y maese Pérez puso sus crispadas manos sobre las teclas del órgano.

Las cien voces de sus tubos de metal resonaron en un acorde majestuoso y prolongado, que se perdió poco á poco, como si una ráfaga de aire hubiese arrebatado sus últimos ecos.

A este primer acorde, que parecía una voz que se elevaba desde la tierra al cielo, respondió otro lejano y suave que fué creciendo, creciendo hasta convertirse en un torrente de atronadora armonía.

Era la voz de los ángeles, que atravesando los espacios, llegaba al mundo.

Después comenzaron á oírse como unos himnos distantes que entonaban las jerarquías de serafines; mil himnos á la vez, que al confundirse formaban uno sólo, que, no obstante, era no más el acompañamiento de una extraña melodía, que parecía flotar sobre aquel océano de misteriosos ecos, como un girón de niebla sobre las olas del mar.

Luego fueron perdiéndose unos cantos, después otros; la combinación se simplificaba. Ya no eran más que dos voces, cuyos ecos se confundían entre sí; luego quedó una aislada, sosteniendo una nota brillante como un hilo de luz... El sacerdote inclinó la frente, y por encima de su cabeza cana y como á través de una gasa azul que fingía el humo del incienso, apareció la Hostia á los ojos de los fieles. En aquel instante la nota que maese Pérez sostenía trinando, se abrió, se abrió, y una explosión de armonía gigante estremeció la iglesia, en cuyos ángulos zumbaba el aire comprimido, y cuyos vidrios de colores se estremecían en sus angostos ajimeces.

De cada una de las notas que formaban aquel magnífico acorde, se desarrolló un tema; y unos cerca, otros lejos, éstos brillantes, aquéllos sordos, diríase que las aguas y los pájaros, las brisas y las frondas, los hombres y los ángeles, la tierra y los cielos, cantaban cada cual en su idioma un himno al nacimiento del Salvador.

La multitud escuchaba atónita y suspendida. En todos los ojos había una lágrima, en todos los espíritus un profundo recogimiento.

El sacerdote que oficiaba sentía temblar sus mamos, porque Aquél que levantaba en ellas, Aquél á quien saludaban hombres y arcángeles era su Dios; era su Dios, y le parecía haber visto abrirse los cielos y trasfigurarse la Hostia.

El órgano proseguía sonando; pero sus voces se apagaban gradualmente, como una voz que se pierde de eco en eco, y se aleja, y se debilita al alejarse, cuando de pronto sonó un grito en la tribuna, un grito desgarrador, agudo, un grito de mujer.

El órgano exhaló un sonido discorde y extraño, semejante á un sollozo y quedó mudo.

La multitud se agolpó á la escalera de la tribuna, hacia la que, arrancados de su éxtasis religioso, volvieron la mirada con ansiedad todos los fieles.

—¿Qué ha sucedido? ¿qué pasa? —se decían unos á otros—, y nadie sabía responder, y todos se empeñaban en adivinarlo, y crecía la confusión, y el alboroto comenzaba á subir de punto, amenazando turbar el orden y el recogimiento propios de la iglesia.

—¿Qué ha sido eso? —preguntaban las damas al asistente que, precedido de los ministriles, fué uno de los primeros á subir á la tribuna, y que, pálido y con muestras de profundo pesar, se dirigía al puesto en donde le esperaba el arzobispo, ansioso, como todos, por saber la causa de aquel desorden.

—¿Qué hay?

—Que maese Pérez acaba de morir.

En efecto, cuando los primeros fieles, después de atropellarse por la escalera, llegaron á la tribuna, vieron al pobre organista caído de boca sobre las teclas de su viejo instrumento, que aún vibraba sordamente, mientras su hija, arrodillada á sus pies, le llamaba en vano entre suspiros y sollozos.

III

—Buenas noches, mi señora doña Baltasara; también usarced viene esta noche á la Misa del Gallo? Por mi parte tenía hecha intención de ir á oír á la parroquia; pero lo que sucede... ¿Dónde va Vicente? Donde va la gente. Y eso que, si he de decir la verdad, desde que murió maese Pérez, parece que me echan una losa sobre el corazón cuando entro en Santa Inés... ¡Pobrecito!... ¡Era un santo!... Yo de mí sé decir, que conservo un pedazo de su jubón como una reliquia, y lo merece... pues en Dios y en mi ánima, que si el señor arzobispo tomara mano en ello, es seguro que nuestros nietos le verían en los altares... Mas ¿cómo ha de ser!... A muertos y á idos, no hay amigos... Ahora lo que priva es la novedad... ya me entiendo usarced. ¿Qué! ¿No sabe nada de lo que pasa? Verdad que nosotras nos parecemos en eso; de nuestra casita á la iglesia, y de la iglesia á nuestra casita, sin cuidarnos de lo que se dice ó déjase de decir... sólo que yo, así... al vuelo... una palabra de acá, otra de acullá... sin ganas de enterarme si-

quiera, suelo estar al corriente de algunas novedades... Pues, si señor; parece cosa hecha que el organista de San Román, aquel bisojo, que siempre está echando pestes de los otros organistas; aquel perdulariote, que más parece jifero de la puerta de la Carne que maestro de solfa, va á tocar esta Noche-Buena en lugar de maese Pérez. Ya sabrá usarced, porque esto lo ha sabido todo el mundo y es cosa pública en Sevilla, que nadie quería comprometerse á hacerlo. Ni aun su hija que es profesora, y después de la muerte de su padre entró en el convento de novicia. Y era natural: acostumbrados á oír aquellas maravillas, cualquiera otra cosa había de parecerse mala, por más que quisieran evitarse las comparaciones. Pues cuando ya la comunidad había decidido que, en honor del difunto y como muestra de respeto á su memoria, permanecería callado el órgano en esta noche, héte aquí que se presenta nuestro hombre, diciendo que él se atreve á tocarlo... No hay nada más atrevido que la ignorancia... Cierto que la culpa no es suya, sino de los que le consienten esta profanación... pero así va el mundo... y digo, no es cosa la gente que acude... cualquiera diría que nada ha cambiado desde un año á otro. Los mismos personajes, el mismo lujo, los mismos empujones en la puerta, la misma animación en el atrio, la misma multitud en el templo... ¡Ay, si levantara la cabeza el muerto! se volvía á morir por no oír su órgano tocado por manos semejantes. Lo que tiene que, si es verdad lo que me han dicho las gentes del barrio, le preparan una buena al intruso. Cuando llegue el momento de poner la mano sobre las teclas, va á comenzar una algarabía de sonajas, panderos y zambombas, que no haya más que oír... pero ¡calle! ya entra en la iglesia el héroe de la función. ¡Jesús, que ropilla de colorines, qué gorguera de cañutos, que aire de personaje! Vamos, vamos, que ya hace rato que llegó el arzobispo, y va á comenzar la misa... vamos, que me parece que esta noche va á darnos que contar para muchos días.

Esto diciendo la buena mujer, que ya conocen nuestros lectores por sus exabruptos de locuacidad, penetró en Santa Inés, abriéndose según costumbre, un camino entre la multitud á fuerza de empujones y codazos.

Ya se había dado principio á la ceremonia.

El templo estaba tan brillante como el año anterior.

El nuevo organista, después de atravesar por en medio de los fieles que ocupaban las naves para ir á besar el anillo del prelado, había subido á la tribuna, donde tocaba unos tras otros los registros del órgano, con una gravedad tan afectada como ridicula.

Entre la gente menuda que se apiñaba á los pies de la iglesia, se oía un rumor sordo y confuso, cierto presagio de que la tempestad comenzaba á fraguarse y no tardaría mucho en dejarse sentir.

—Es un truhán, que por no hacer nada bien, ni aun mira á derechas—decían los unos.

—Es un ignorantón, que después de haber puesto el órgano de su parroquia peor que una carraca, viene á profanar el de maese Pérez—decían los otros.

Y mientras éste se desembarazaba del capote para prepararse á darle de firme á su pandero, y aquél apercibía sus sonajas, y todos se disponían á hacer bulla á más y mejor, sólo alguno que otro se aventuraba á defender tibiamente al extraño personaje, cuyo porte orgulloso y pedantesco hacía tan notable contraposición con la modesta apariencia y la afable bondad del difunto maese Pérez.

Al fin llegó el esperado momento, el momento solemne en que el sacerdote, después de inclinarse y murmurar algunas palabras santas, tomó la Hostia en sus manos... Las campanillas repicaron, semejando su repique una lluvia de notas de cristal; se elevaron las diáfanas ondas del incienso y sonó el órgano.

Una estruendosa algarabía llenó los ámbitos de la iglesia en aquel instante y ahogó su primer acorde.

Zampoñas, gaitas, sonajas, panderos, todos los instrumentos del populacho, alzaron su discordantes voces á la vez; pero la confusión y el estrépito sólo duró algunos segundos. Todos á la vez como habían comenzado, enmudecieron de pronto.

El segundo acorde, amplio, valiente, magnífico, se sostenía aún brotando de los tubos de metal del órgano, como una cascada de armonía inagotable y sonora.

Cantos celestes como los que acarician los oídos en los momentos de éxtasis; cantos que percibe el espíritu y no los puede repetir el labio; notas sueltas de una melodía lejana, que suenan á intervalos, traídas en las ráfagas del viento; rumor de hojas que se besan en los árboles con un murmullo semejante al de la lluvia; trinos de alondras que se levantan gorjeando de entre las flores como una saeta despedida á las nubes; estruendo sin nombre, imponente como los rugidos de una tempestad; coro de serafines sin ritmos ni cadencia, ignota música del cielo que sólo la imaginación comprende; himnos alados, que parecían remontarse al trono del Señor como una tromba de luz y de sonidos... todo lo expresaban las cien voces del órgano, con más pujanza, con más misteriosa poesía, con más fantástico color que los habían expresado nunca.....

Cuando el organista bajó de la tribuna, la muchedumbre que se agolpó á la escalera fué tanta, y tanto su afán por verle y admirarle, que el asistente temiéndolo, no sin razón, que le ahogaran entre todos, mandó á alguno de sus ministriles para que, vara en mano, le fueran abriendo camino hasta llegar al altar mayor, donde el prelado le esperaba.

—Ya véis—le dijo este último cuando le trajeron

á su presencia—; vengo desde mi palacio aquí sólo por escucharos. ¿Seréis tan cruel como maese Pérez, que nunca quiso excusarme el viaje, tocando la Noche-Buena en la Misa de la catedral?

—El año que viene—respondió el organista, prometo daros gusto—, pues por todo el oro de la tierra no volvería á tocar este órgano.

—¿Y por qué?—interrumpió el prelado.

—Porque...—añadió el organista, procurando dominar la emoción que se revelaba en la palidez de su rostro—; porque es viejo y malo, y no puede expresar todo lo que se quiere.

El arzobispo se retiró seguido de sus familiares. Unas tras otras, las literas de los señores fueron desfilando y perdiéndose en las revueltas de las calles vecinas; los grupos del atrio se disolvieron, dispersándose los fieles en distintas direcciones; y ya la demandadera se disponía á cerrar las puertas de la entrada del atrio, cuando se divisaban aún dos mujeres que, después de persignarse y murmurar una oración ante el retablo del arco de San Felipe, prosiguieron su camino, internándose en el callejón de las Dueñas.

—¿Qué quiere usarced? mi señora doña Baltasara, decía la una, yo soy de este genial. Cada loco con su tema... Me lo habían de asegurar capuchinos descalzos y no lo creería del todo... Ese hombre no puede haber tocado lo que acabamos de escuchar... Si yo lo he oído mil veces en San Bartolomé, que era su parroquia, y de donde tuvo que echarle el señor cura por malo, y era cosa de taparse los oídos con algodones... Y luego, si no hay más que mirarle al rostro, que según dicen, es el espejo del alma... Yo me acuerdo, pobrecito, como si lo estuviera viendo, me acuerdo de la cara de maese Pérez, cuando en semejante noche como ésta bajaba de la tribuna, después de haber suspendido al auditorio con sus primores... ¡Qué sonrisa tan bondadosa, qué color tan animado!... Era viejo y parecía un ángel... no que éste ha bajado las escaleras á trompicones, como si le ladrara un perro en la meseta, y con un color de difunto y unas... Vamos, mi señora doña Baltasara, créame usarced, y créame con todas veras... yo sospecho que aquí hay busilis...

Comentando las últimas palabras, las dos mujeres doblaban la esquina del callejón y desaparecían.

Creemos inútil decir á nuestros lectores quién era una de ellas.

IV

Había transcurrido un año más. La abadesa del convento de Santa Inés y la hija de maese Pérez hablaban en voz baja, medio ocultas entre las sombras del coro de la iglesia. El esquilón llamaba á voz herida á los fieles desde la torre, y alguna que otra rara persona atravesaba el atrio silencioso y desierta esta vez, y después de tomar el agua bendita en

la puerta, escogía un puesto en un rincón de las naves, donde unos cuantos vecinos del barrio esperaban tranquilamente que comenzara la misa del Gallo.

—Ya lo véis —decía la superiora—, vuestro temor es sobremanera pueril; nadie hay en el templo; toda Sevilla acude en tropel á la catedral esta noche. Tocad vos el órgano y tocadle sin desconfianza de ninguna clase; estaremos en comunidad... pero... proseguís callando sin que cesen vuestros suspiros. ¿Qué os pasa? ¿Qué tenéis?

—Tengo... miedo —exclamó la joven con un acento profundamente conmovido.

—¿Miedo! ¿de qué?

—No sé... de una cosa sobrenatural... Anoche, mirad, yo os había oído decir que teníais empeño en que tocara el órgano en la Misa, y ufana con esta distinción pensé arreglar sus registros y templarle, á fin de que hoy os sorprendiese... Vine al coro... sola... abrí la puerta que conduce á la tribuna... En el reloj de la catedral sonaba en aquel momento una hora... no sé cuál... Pero las campanadas eran tristes y muchas... muchas... estuvieron sonando todo el tiempo que yo permanecí como clavada en el dintel, y aquel tiempo me pareció un siglo.

La iglesia estaba desierta y oscura... Allá lejos, en el fondo, brillaba como una estrella perdida en el cielo de la noche, una luz moribunda, la luz de la lámpara que arde en el altar mayor... A sus reflejos debilísimos, que sólo contribuían á hacer más visible todo el profundo horror de las sombras, ví... le ví, madre no lo dudéis, ví un hombre que en silencio y vuelto de espaldas hacia el sitio en que yo estaba, recorría con una mano las teclas del órgano, mientras tocaba con la otra á sus registros... y el órgano sonaba; pero sonaba de una manera indescribible. Cada una de sus notas parecía un sollozo ahogado, dentro del tubo de metal, que vibraba con el aire comprimido en su hueco, y reproducía el tono sordo, casi imperceptible, pero justo.

Y el reloj de la catedral continuaba dando la hora, y el hombre aquel proseguía recorriendo las teclas. Yo oía hasta su respiración.

El horror había helado la sangre de mis venas; sentía en mi cuerpo como un frío glacial, y en mis sienes fuego... Entonces quise gritar, pero no pude. El hombre aquel había vuelto la cara y me había mirado... digo mal, no me había mirado, porque era ciego... ¡Era mi padre!

—¡Bah! hermana, desechad esas fantasías con que el enemigo malo procura turbar las imaginaciones débiles... Rezad un *Pater Noster* y un *Ave María* al arcángel San Miguel, jefe de las milicias celestiales, para que os asista contra los malos espíritus. Llevad al cuello un escapulario tocado en la reliquia de San Pacomio, abogado contra las tentaciones, y marchad, marchad á ocupar la tribuna del órgano; la misa va á comenzar y ya esperan con impaciencia los fieles... Vuestro padre está en el cielo, y desde allí, antes que á daros sustos, bajará á inspirar á su hija en esta ceremonia solemne para el objeto de tan especial devoción.

La priora fué á ocupar su sillón en el coro en medio de la comunidad. La hija de maese Pérez abrió con mano temblorosa la puerta de la tribuna para sentarse en el banquillo del órgano, y comenzó la Misa.

Comenzó la Misa, y prosiguió sin que ocurriese nada de notable hasta que llegó la consagración. En aquel momento sonó el órgano, y al mismo tiempo que el órgano un grito de la hija de maese Pérez...

La superiora, las monjas y algunos de los fieles corrieron á la tribuna.

—¡Miradle, miradle! —decía la joven fijando sus desencajados ojos en el banquillo, de donde se había levantado asombrada para agarrarse con sus manos convulsas al barandal de la tribuna.

Todo el mundo fijó sus miradas en aquel punto. El órgano estaba sólo, y no obstante, el órgano seguía sonando... sonando como sólo los arcángeles podrian imitarlo en sus raptos de místico alborozo.

—¡No os lo dije yo una y mil veces, mi señora doña Baltasara, no os lo dije yo!... ¡Aquí hay busilis!... Oidlo; qué ¿no estuvisteis anoche en la Misa del Gallo? Pero, en fin, ya sabréis lo que pasó. En toda Sevilla no se habla de otra cosa... El señor arzobispo está hecho, y con razón, una furia... Haber dejado de asistir á Santa Inés; no haber podido presenciar el portento... ¿y para qué? para oír una cerrada; porque personas que lo oyeron dicen que lo que hizo el dichoso organista de San Bartolomé en la catedral no fué otra cosa... Si lo decía yo. Eso no puede haberlo tocado el bisojo, mentira... aquí hay busilis, y el busilis era, en efecto, el alma de maese Pérez.

GUSTAVO A. BECQUER.





Titiano. - Venus y Adonis. - (Museo del Prado).





Mitología forestal.



El hombre siempre sintió invencibles deseos de llegar á la causa de los hechos y de las cosas. En épocas remotas de la existencia humana, la imaginación desbordó una legión de seres fantásticos que se repartieron por la superficie de la tierra, por sus profundidades y por

las regiones etéreas. Dicha multitud de dioses, semi-dioses, héroes, etc., etc., motivaban ó ejecutaban los hechos sobrenaturales, y los que sin dejar de serlo, llamamos naturales: con ello, la inquieta curiosidad de los hombres quedaba aplacada ó aplazada, para decirlo más exactamente.

Aplacada, pero nunca satisfecha, la curiosidad destrozó aquel quimérico mundo que forjaron sus manos y construyó otro, y después otro y otros... Hoy, la fría Razón, se ríe despectiva de tantas *inocentes* fábulas como ayer forjó la Fantasía, y es muy posible que mañana, la Realidad, perfeccionando más y más los medios de indagación, se ría de las *serias* fábulas de hoy.

Como la torpeza de mi pluma os hará enfadoso cualquier asunto, elijo para contaros unas fábulas de ayer que guardan cierta relación con los montes y las plantas; esas fábulas son bastante menos útiles que las actuales; pero, en cambio, como son más pintorescas, confío en que su ingenuidad me congraciará con los que tengan paciencia para leerlas.

Y sin más preámbulos, entremos en materia.

La tierra, las montañas y los bosques.

La tierra (Gaia) se desposó con Urano y fué madre de todos los dioses, de todos los bienes y de todos los males. Fecundada por la caricia abrasadora de los rayos del sol, dió origen al hombre, que en su naturaleza participa de todos sus elementos; cuando el hombre muere, su venerable madre le amortaja y le cobija piadosa y estrechamente en su seno. Las montañas eran también hijas de la tierra, se las

consideraba como divinidades, y tenían su cortejo de ninfas Oreádes y Napeas. Las primeras habitaban las cimas rocosas y las pendientes escarpadas; las segundas preferían las suaves colinas, las laderas cubiertas de arboleda y las mullidas y verdes praderas.

Las principales montañas fueron dedicadas á distintos dioses: El Parnaso, la más encumbrada de toda la Fócida, en el centro de Grecia, estaba bajo la protección de Apolo y Baco; en dicha montaña, se refugió Deucalión (el Noé mitológico) con su esposa Pirra, para salvarse del diluvio; cuando las aguas se habían retirado consultaron á la diosa Témis, la cual les repuso: "Tapaos la cara y lanzad hacia atrás los huesos de vuestra madre,;" Deucalión escandalizóse al principio, pero reflexionó maduramente y comprendió que la tierra era su madre y las piedras los huesos. Y al lanzar hacia atrás las piedras, las de Deucalión se convirtieron en hombres y las de Pirra en mujeres; con ello la tierra quedó poblada de nuevo.

Los bosques fueron las primitivas viviendas de los hombres que á la par hicieron habitar consigo á los dioses objeto de su culto; bajo su sombra verificaban las ceremonias religiosas, y todavía hoy recuerdan los templos con sus esbeltas columnas, sus bédedas y su dulce penumbra, á la tranquilidad y misterio de las selvas vírgenes.

De ahí nació la costumbre de plantar árboles junto á las montañas y templos, plantaciones que en algunos sitios llegaron á formar bosques dilatados en los que se esparcían los devotos, alegremente, los días de las fiestas.

Entre esas selvas merece citarse la de Dodona en Epiro, célebre porque las encinas, por un favor de Júpiter, predecían el porvenir.

La fantasía llegó más allá de creer que las divinidades solamente gustaban de refugiarse temporalmente en los bosques. En los montes de encinas, nacieron las Driadas, retozonas ninfas que vivían bajo la corteza de los árboles, y que con harta frecuencia se escapaban de su prisión, para acudir á las poéticas grutas á ofrecer á la diosa Venus desmayados sacrificios. Estas casquivanas ninfas te-

nían á su cargo la defensa de las selvas y castigaban al que osaba tocar sacrilegamente los árboles de su pertenencia; para cortarlos había que contar con los ministros de su religión y obtener la seguridad de que las Driadas habían abandonado los árboles; esta creencia impidió á aquellos pueblos destruir fácilmente los bosques.

También existían otras ninfas llamadas Meliades, que habitaban los bosquecillos de fresnos y que protegían á los niños que á causa de su nacimiento furtivo eran abandonados, suspendiéndolos en las ramas de los árboles.

Podríamos extendernos en la descripción de las amables divinidades de las selvas. El dios Pan, que significa "todo," y de acuerdo con su nombre, personificaba á la naturaleza; Marsias, inventor de la flauta, á cuya muerte tantas lágrimas derramaron las ninfas privadas de sus dulces acordes, que esas lágrimas formaron el río de Frigia que lleva su nombre; Priapo, hijo de Venus y Baco, del que cuentan que nació tan singularmente deforme, que la diosa Lotis, para escapar á su pasión, se cambió en la planta llamada loto; en fin, los Egipanes, los Sátiros, los Silenos, los Faunos y los Silvanos, son una serie de huéspedes de los bosques en cuya vida, harto escabrosa, no vamos á penetrar.

Dejándolos, pues, solos en sus correrías por las intrincadas espesuras, relataremos algunas inocentes leyendas sobre el origen de varias plantas.

Origen mitológico de los sauces.

Faetón, hijo de Apolo, para demostrar su regia estirpe, quiso guiar un día el carro del sol. Pronto se apercibieron los caballos de que la mano que les gobernaba no tenía la acostumbrada energía; desenfrenados se salieron de su órbita y tanto se aproximaban á la tierra, que empezaron á secarse los ríos y á arder los bosques; entonces Júpiter vió la tierra próxima á perecer abrasada y lanzó su rayo contra el carro, precipitándolo en el Eridamo. Las Heliades, hijas también de Apolo, se mostraron tan inconsolables y lloraron tanto á su hermano, que los dioses las han perpetuado en forma de sauces; suponemos que llorones, aunque esto no se aclara.

Origen del árbol de la mirra y de las anémonas.

Venus, la más encantadora de las Divinidades de aquella época, y cuyo reinado aún prosigue y proseguirá, seguramente, mientras no acabe la vida, tenía entre otras bellas cualidades, la de amar mucho y no distinguir en sus favores á los dioses, de los héroes, de los hombres mismos.

De todos sus amores hubo uno, como es lógico, que fué el más vehemente: Adonis, hijo de Mirra y de Cinire, fué el afortunado mortal que encendió tan violenta pasión; Mirra, al sentirse madre y temero-

sa de la ira de su esposo (ignoramos el motivo de esos temores), se refugió en la Arabia, donde los dioses la transformaron en el árbol que da la mirra; al llegar el plazo del alumbramiento, el árbol se abrió y salió Adonis. Este pasó á Fenicia y en las selvas del Líbano se dedicó á la caza; un día Venus le vió cuando dormía, y le pareció tan hermoso que abandonó su mansión y desdenó el amor de los dioses por acompañarle en sus cacerías. Marte, celoso y colérico por esta preferencia, se convirtió en jabalí é hirió en un muslo al infeliz Adonis; los cuidados de Venus no pudieron salvarle de la muerte, y al espirar lo cogió amorosamente en sus brazos y lo convirtió en anémona, flor de primavera que simboliza la efímera vida de su amante.

Origen de los nenúfares.

La tierna Dejanira, hija de Enea, Rey, fué otorgada á Hércules como precioso galardón de su victoria sobre Aquelous. A cuestras Hércules con su trofeo, llegó á la ribera del río Eveno, cuyas aguas, harto inoportunas, habían crecido desmesuradamente; ante tal obstáculo, desesperábase Hércules, cuando providencialmente se presentó el centauro Neso, ofreciéndose á pasar á Dejanira sobre sus espaldas. Sus galantes servicios no dejaban de ser intencionados, pues al llegar á la otra orilla emprendió desahogada carrera, intentando huir con su preciosa carga. Furioso Hércules, tendió su arco é hirió á Neso con una flecha mojada en la sangre de la hidra de Hernes. Sintiendo Neso morir, entregó á Dejanira su túnica ensangrentada, advirtiéndole que Hércules le sería fiel constantemente si conseguía que se pusiera dicha túnica.

Hércules, cuyo corazón no debía tener la firmeza de sus músculos, comenzó, tiempo después á desdenar á Dejanira, cautivado por las gracias de Yola. Creyó entonces Dejanira que llegaba el momento de la prueba, y mandó á su esclavo Nicas, con el encargo de que vistiera á Hércules la túnica defensora de la fidelidad. Pero la túnica se adhirió tan íntimamente al cuerpo del héroe, y el veneno de que estaba impregnada penetró tan rápidamente, que á los pocos instantes murió Hércules entre atroces sufrimientos. Dejanira juzgó que la vida era muy triste sin su bien amado, y suicidóse tranquilamente; de su sangre brotó la planta llamada *ninfea* ó *heracleón*: Júpiter llevó á Hércules á los cielos, y lo colocó en el rango de los semi-dioses; los antiguos consagraron en su honor el álamo blanco.

Origen de los narcisos y curiosa explicación del eco.

De todos es conocido el episodio del lindo Narciso. Los dioses le habían castigado á vivir mientras no se viese; un día fatal se detuvo en el bordé de una fuente y quedó tan prendado de sí mismo, que



Zurbarán (F.)—Hércules atormentado por el fuego de la túnica del Centauro Neso.—(Museo del Prado).



no pudo ya dejar de contemplarse en las cristalinas aguas. Poco á poco se fué consumiendo de amor, su cuerpo arraigó en el cesped, y así, insensiblemente, se transformó en la flor que lleva su nombre.

Con el episodio anterior, relacionaban los antiguos el origen del eco. Decían que Eco fué una ninfa que favorecía mucho las infidelidades de Júpiter; á cuyo fin, entretenía con largas y divertidas historias á Juno, cuando el Jefe del Olimpo se ausentaba sigilosamente. Juno se apercibió al fin de la estratagemata y castigó á Eco á no hablar sino cuando la preguntaran. Expulsada del Olimpo, fué á habitar el bosque donde Narciso permanecía en estática contemplación: Eco se entusiasmó del lindo Narciso y despechada por el poco éxito que obtuvo, se retiró á las cavernas más ocultas. La pena la fué marchitando, adelgazaron sus carnes, la piel quedó prendida de los huesos, y los huesos se petrificaron, hasta el punto que de la hermosa ninfa no quedó más que la voz. Ella escucha siempre, y si oye alguna frase, repite la última palabra...

Explicación mitológica de las puntuaciones de las hojas del mirto.

Antes de los acontecimientos de esta fábula, no tenían las hojas del mirto el reticulado de finas puntuaciones que le son características. El primer mirto en que se observaron, creció en Treceno, junto á la sepultura de "la pérfida é incestuosa Fedra", es-

posa de Teseo, cuya vida inspiró á Eurípides y á Racine, dos famosas tragedias. Fedra se aficionó á la discreta conversación de su hijastro Hipólito, Príncipe que dedicaba su actividad á los libros y á la caza, y tan sensato, que con anterioridad desdeñó á Afrodita en persona. Oportunamente, también, Fedra fué objeto de su desdén y de su desprecio. Y cuando Fedra se consumía en largas horas de febril impaciencia, nerviosamente taladraba con una horquilla las hojas del mirto que había de perpetuar el recuerdo de su infame amor.

El resto de la fábula, como forestalmente no nos interesa, lo pasaremos por alto.

Sería interminable proseguir el cuento de tantas fábulas mitológicas que tienen relación con las plantas. Ajax, que fué convertido en jacinto y grabadas sus dos primeras letras en dicha flor. Piramo y Tisbe, cuya sangre salpicó los frutos blancos de un moral, que desde entonces se convirtieron en rojos. Elena, adorada con el nombre de Dendritis (Dendron-árbol), y de cuyas lágrimas nació la hierba *helenión*. Atys, transformado en pino por Cibele... Pero ¡á qué seguir! ello sólo conduciría á hacer más pesado este artículo.

Madrid 2 de Noviembre de 1915.

ANTONIO LLEÓ.



Los árboles del jardín



HABÍA un jardín en mi casa donde pasamos mis hermanos y yo horas enteras de nuestros días de infancia. Muchos años, hasta de niños grandes, jugábamos allí.

Había un olivo que se veía por encima de las tapias del jardín, desde unas calles retiradas y sórdidas

del barrio antiguo de San Román, en la vieja Salamanca. En aquellas ramas siempre verdes del olivo se posaban los pájaros del barrio, y los muchachos de la calle, sin educación sentimental ninguna, en seguida les tiraban piedras, que caían cerca de nosotros. Suspendíamos entonces nuestros juegos medio asustados, medio indignados, contra los bárbaros de «Roma la chica», que así turbaban nuestra paz y la de los pajarillos del olivo, y pasado el susto volvíamos a jugar, haciendo casas de barro y regatos para llevar el agua de una pila a las plantaciones hechas por nosotros, granos de trigo enterrados, algún garbanzo ó un hueso de melocotón. ¡Qué satisfacción de labradores teníamos cuando brotaba la planta! Yo creo que llegó a nacer, además de trigo y de garbanzos—¡esto era cosa corriente!—un arbolillo, que luego creció como nosotros y se hizo grande, y cuando ya de medio hombres, dejamos de jugar en el jardín, yo creo que dió frutos muy sabrosos de albaricoques.

Había también unos árboles que daban membrillos, y mi madre nos hacía dulce de ellos, en su tiempo. Y unas higueras, de las que mi padre, conocedor mejor que nosotros de los árboles frutales, nos avisaba cuándo era la época de la madurez, y él mismo, de su mano, nos arrancaba la primera breva madura, fragante.

Y había un emparrado que se nos llenaba de racimos, y con las grandes hojas de la vid formaban como un toldo en la «solana». También á aquellas uvas venían los pájaros en bandadas á picar. ¡Árboles amigos de mi infancia!

Yo los recuerdo de cuando nevaba y al levantar-

nos llenos de frío por la mañana, nos asomábamos á las ventanas que daban al jardín, y permanecíamos un buen rato encantados ante el espectáculo.

Los árboles cubiertos de nieve, como en el nacimiento de Nochebuena. Las nevatillas dando saltitos por el suelo blanco y helado. Los gorriones piando sin cesar de hambre ó de frío en las ramas, columpiándose en ellas como para limpiarlas de los copos de nieve.

Me acuerdo también cuando las noches de ventisca, desde la habitación donde estábamos, al calor del brasero, en la camilla familiar, oíamos algo miedosamente, el ruido del viento, que parecía se llevaba las ramas de los árboles. Entonces daba gusto leer aquellos cuentos de «Los Niños», el del Pulgarillo que se perdió en el bosque.

Han pasado los años y ya no viven mis padres. La casa que habitamos tanto tiempo no era nuestra. Uno de los momentos de dulce melancolía que he disfrutado en mi vida con más intensidad, acaso es el de aquel día que me atreví á pasar yo solo por las calles apartadas del barrio de San Román y como un forastero en su patria misma, desconocido ya por aquellas vecindades, me detuve un instante, porque no quise llamar la atención de algún transeunte curioso, ante las tapias de nuestro jardín antiguo; por encima de ellas asomaba todavía «la copa verde del olivo viejo»—como diría el poeta Gabriel y Galán;—yo no sé qué emoción sentí al ver el árbol amigo. ¡Qué de recuerdos puede sugerir un árbol!

Las tapias de un jardín, las ruinas de un edificio, también son sugeridores á su modo.

Pero es que el árbol es un ser viviente, no es una cosa muerta, á la que prestamos con nuestra imaginación una vida que no tiene.

El árbol es algo que podemos plantar nosotros y crecer y nos da frutos como un regalo de sí mismo. Y nos refrigera nuestra vida, que es sueño, dándonos motivos para soñar...

JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA.
Catedrático de la Universidad de Salamanca.



CAGENDAG ⁽¹⁾

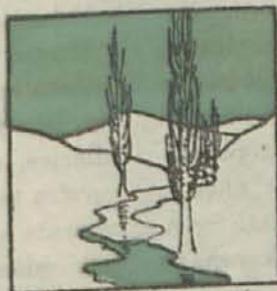
— «¡Generación sacrilega! ¡Cree que todo lo del vasto universo le pertenece!... ¡Tenéis la miés de las llanuras, tenéis la castaña y la aceituna de las laderas!... ¡Pero las crestas soberbias de las montañas pertenecen á Dios!

„Que vosotros, insectos y gusanos, por vergonzosos é ínfimos intereses, os despedacéis hurafios, sin tregua, se comprende; para vosotros, el vivir es una carga; el amor y el horror os extravían; no hay pecho humano de amplitud suficiente, para retener en sí el aire libre y la felicidad serena. Pero ellos, los árboles de las cimas; ellos, que sinceros, tranquilos y rígidos, á pesar de los cuatros vientos, llevan erguidas sus cabezas; ellos, en los cuales los años pesan menos que las aves de paso; ellos, á los cuales, al revés de vosotros, la mucha vejez hace más fuertes y más bellos; ellos, solemnes caramillos que el viento Norte hace cantar á plena voz cual órganos; ellos, buenos y opulentos, que, desde innumerables años, derraman la frescura y la sombra;

ellos, sombría cabellera de la tierra y padrinos de los manantiales y las fuentes, que vivan, ¡dejadles vivir!, pues sale profusamente la savia de sus troncos, pues son los hijos amados, los inseparables niños de cría, el gozo, la colosal gloria de la nodriza universal. ¡Dejadles vivir! ¡Y la gran clueca, cubriéndoos con sus alas, cloqueará de alegría!... ¡Ah, la Naturaleza! Si escucháseis su lenguaje, si la cortejarais, en vez de combatirla pérfidamente, de sus pechos manarían sin agotarse dos chorros de leche soberanamente dulce, y entre los brezales correría la miel para vuestro alimento...

„¡Oh! Pero si la ultrajáis, si sois causa de que corra el llanto por su bello rostro violándole y cortándole, y desgajándole sus bosques vírgenes, ¡oh, no creáis escapar á la terrible fijeza de su implacable pupila! De los contrafuertes y de las brechas de sus colinas hará que salten locamente las aguas y reventarán los ríos; y ¿sabes tú lo que se verá entonces? ¡Cunas de niños flotando sobre la onda, las casas blancas y las rubias tierras hundiéndose con el faror de los aludes, y por donde quiera un pedregal horrible!..»

(1) (Del Canto VII del poema épico, *Calendal* (1887), del poeta provenzal Federico Mistral.





Una numismática en los terrenos forestales.



SEGURAMENTE que las personas que nos hagan el honor de leer este artículo, se preguntarán al conocer su título, qué razón puede haber para relacionar la numismática con los asuntos propios para ser tratados en una revista como

ESPAÑA FORESTAL. Y, sin embargo, ya que su principal objeto es despertar ó acrecentar la afición á árboles y montes, forzoso es recurrir á todo procedimiento que permita interesar á quienes, por poseer ó estar poseídos, para decir más propiamente, por alguna de las infinitas modulaciones de la manía humana, sean más asequibles para su conquista como miembros de la Real Sociedad Española de los Amigos del Arbol. Partiendo además del supuesto de que no hay aficiones útiles que puedan ser antagónicas y que, antes al contrario, llevase la ventaja de que siendo varias las que á cualquier persona dominen, tiénesese por seguro que no se le llamará monomaniaco, de ahí que consideremos que el numismata, como el arqueólogo, como otros muchos, tengan esa predisposición favorable á su conquista como amante del árbol. A los numismatas, pues, va principalmente dirigido este modesto artículo. Si al propio tiempo consiguiéramos despertar en nuestros consocios la afición á los estudios numismáticos, aspirando quizás á formarse modestísima colección ó no mirando, al menos, con desdén ese valioso auxiliar para el conocimiento de la historia patria, la antigua moneda desenterrada por el sencillo campesino, nuestro propósito se verá, con creces, cumplido y satisfecho.

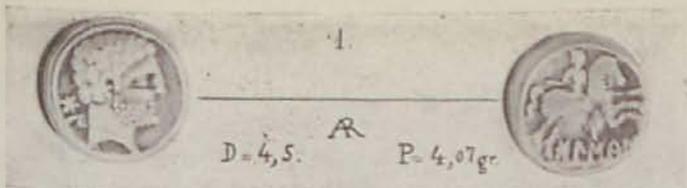
Como justificación de que la afición á las cosas de la Naturaleza y á la numismática, son perfectamente compatibles y aun complementarias, lo demue-

tran claramente, sin recurrir á opiniones propias, las siguientes consideraciones del eminente entomólogo francés, recientemente fallecido, J. H. Fabre: "En invierno, mientras que el insecto descansa, la numismática me proporciona momentos deliciosos. Complaciéndome en ello, pregunto á esos discos metálicos, archivo de las miserias, que se llama la Historia. En este suelo de la Provenza, en donde el griego plantó el olivo y el latino la ley, el campesino los encuentra, aquí y allá, al levantar su gleba. Me los lleva, me consulta sobre su valor pecuniario, nunca sobre su significación.

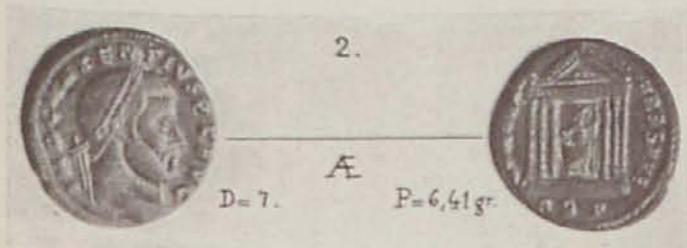
„¿Qué le importa la inscripción de su hallazgo! Se padecía antes, se padece hoy, se padecerá en el porvenir; en esto, según él, se resume la Historia. El resto es futilidad, pasatiempo de ociosos. Yo no poseo esta alta filosofía de la indiferencia para las cosas pasadas. Rasco con la uña el disco monetario, le quito con cuidado su corteza terrosa, lo escruto con la lupa, trato de descifrar su leyenda. La satisfacción no es pequeña cuando el disco de bronce ó de plata ha hablado. Acabo de leer una hoja de la humanidad, no en los libros, narradores sospechosos, sino en los archivos hasta cierto modo vivientes, contemporáneos de los personajes y de los sucesos.

Hechas estas disquisiciones á guisa de prólogo, entremos en materia.

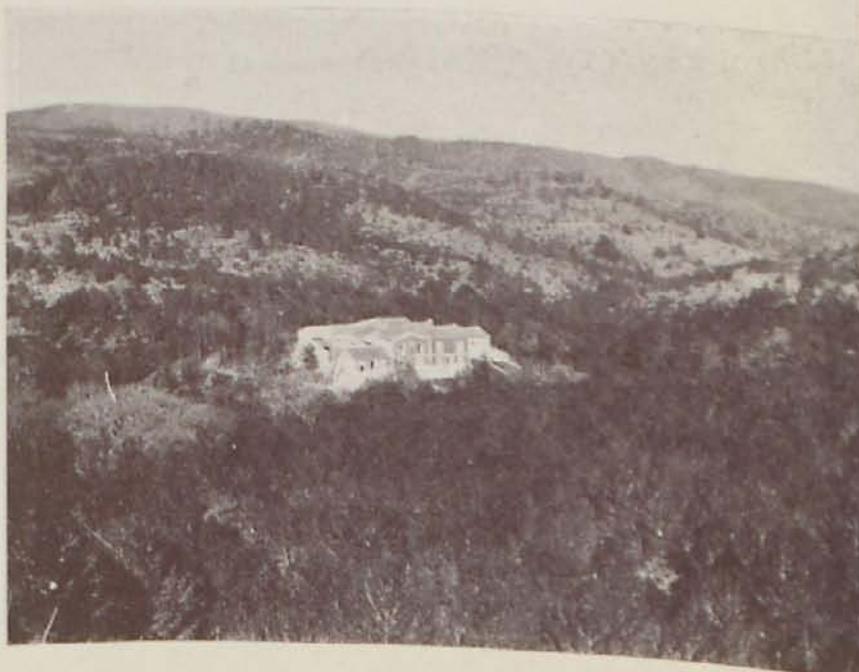
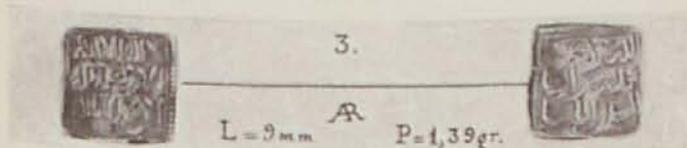
Muchos han sido los hallazgos de monedas que en número considerable y á consecuencia de excavaciones, labores de campo ó de monte y demoliciones de edificios, ó en ejemplares aislados, ha habido en nuestra patria. Difícil tarea sería la de reseñar únicamente los más importantes; por ello, aun circunscribiéndonos á los hallazgos en terrenos forestales, habremos de citar tan sólo algunos de los habidos en época reciente.



Sierra de Ricote (Murcia). — Sitio (X) donde fué encontrada la moneda del Emperador Maxencio.



Sierra de España (Murcia). — Trinchera donde apareció el ánfora con monedas almohades.



Sierra de España (Murcia). — Vista general de la zona donde ha habido hallazgos árabes.



Comenzaremos por el que en Mayo de 1911 hubo en *el monte de Maluenda* (Zaragoza).

Fué dicho hallazgo de monedas ibéricas de plata, en bastante cantidad, con otros objetos de este metal y dos barras de oro; todo dentro de un ánfora, por lo cual su conservación es perfecta ó á *flor de cuño*, para mejor decir numismata, como puede apreciarse en el fotograbado núm. 1. Son todas estas monedas, denarios ibéricos de la antigua *Osca*, hoy Huesca; el *nummus oscensis* ó *argenti oscensis*, de Livio, que así la distinguía del conocido *bigatus*, moneda esencialmente romana y de circulación general en los dominios de la República ya que aquella era puramente provincial y acuñada exclusivamente por los Iberos para las comarcas comprendidas entre los Pirineos y el Ebro.

Corresponde, pues, este hallazgo al cuarto grupo de los seis en que el reputado numismático don Antonio Delgado divide la emisión ibera y al cual denomina *oscense*, y á la región ibérica del erudito Dr. Rodríguez de Berlanga, la cual hace abarcar desde Rosas á Jaca, desde Jaca á Zaragoza y desde Zaragoza á la desembocadura del Ebro, comprendiendo la porción de la costa donde se encuentran *Rhode* y *Emporia*, en cuyas fábricas se batieron dracmas con leyendas iberas.

Llevan estas monedas de *Osca*, en su anverso, cabeza varonil, á la derecha, con pelo corto rizado y collar, atribuída por alguno á Hércules, y las letras ibéricas que el fotograbado muestra. Por su reverso, jinete con lanza enristrada, á la derecha y debajo del caballo, la leyenda fotograbada, que en letras latinas corresponde á ELSKN, entre las que introduciendo las dos vocales de *Osca*, resultará ELoSKaN, según Berlanga, la cual también puede traducirse por HiLeoSCaN, según Heiss.

El primer signo de esta leyenda se ve en unas piezas trazado con puntos y en otras con rayas, encontrándose, como se ha dicho, en el anverso, detrás de la cabeza, en unión del último, formando la abreviación de toda la leyenda del reverso. Merced á la bondad de mi querido amigo D. José Lillo, poseemos monedas con ambos signos de las procedentes de dicho hallazgo; pero no hemos logrado ver ninguna, como la que dice Berlanga existe en el Museo de esta corte, cuya primera letra de su leyenda por el anverso y por el reverso es una *heth* ó *eta*.

Difícil cuestión es la de fijar las fechas en que fueron acuñadas las monedas iberas y aun las romanas, ya que en general carecen de datos para ello, pues, como es sabido, únicamente algunas de la serie imperial llevan la indicación del año de la *tribunicia potestate* ó del *Consulado*, para poder determinar con precisión aquéllas.

Partiendo, sin embargo, de los axiomas que los Sres. Mommsem y Delgado han fijado á este respecto y de otras consideraciones establecidas por personas de indiscutible autoridad en la materia, como el antes citado Dr. Berlanga, se puede, sino exactamente, al menos llegar á una posible determinación de época tan antigua.

El hallazgo de monedas soterradas conduce por su sólo estudio á la fijación cronológica de las diversas emisiones sucesivas.

La finura ó la rudeza de los troqueles, la esmerada ó la tosca ejecución del vaciado ó de la acuñación de cada serie de monedas de una misma ciudad, como el estilo paleográfico de las leyendas que aquellos contienen, marca por su mayor ó menor arcaísmo respectivo la época, más ó menos romota, en que fué puesta en circulación cada una de dichas emisiones.

Las leyendas ibéricas más antiguas son las que contienen menos letras vocales, al paso que las más modernas apenas carecen de ellas.

El alfabeto ibero, además de las naturales alteraciones cronológicas, tuvo otras nacidas de los diversos idiomas que hablaban las tribus iberas, célticas y celtibéricas que lo adoptaron y de la distinta manera de modular las palabras que fué peculiar de tales gentes.

Los iberos se valieron para montar las primeras fábricas de monedas de artífices griegos, como lo habían hecho también los romanos, dándolo á conocer desde luego el perfil constantemente recto de los anversos y las elegantes formas de algunas leyendas iberas. Cuando los indígenas reemplazan á los mecánicos y grabadores extranjeros, el arte se transforma en verdaderamente nacional, decayendo visiblemente hasta el punto de hacerse en ocasiones tosco y bárbaro en demasía.

Se ha dicho que el denario de los Dioscures, que comenzó á acuñarse en el monte Capitolino hacia el año 268 antes de Jesucristo, y que fué el primero conocido en la Hispania, ha servido de modelo al

denario ibero, y aun cuando pocas son las monedas españolas que por sus reversos puedan tener alguna semejanza con la citada romana, aceptada esta idea, la acuñación ibera pudo muy bien comenzar con anterioridad al 217 antes de Jesucristo, en que los romanos acababan de entrar en España y los *bigatos* empezaban á sustituir á los de los *Dioscures*, si bien hay que reconocer que de este modelo se separaron los iberos desde el primer momento, adoptando para sus emisiones tipos nacionales, como lo era en el anverso la indicada cabeza ibera, desnuda, que en nada se parece á la cabeza de mujer cubierta con el casco alado de los denarios romanos, simbolizando, según algunos, más que una divinidad mítica (Hércules, según antes apuntábamos), el Régulo de cada Estado independiente; así como tampoco tiene gran semejanza la representación que en el reverso de los primeros denarios capitolinos tienen los dos hermanos, hijos legendarios de Leda, con el jinete con lanza ó con palma en otros denarios iberos, expresión de que la fuerza de cada tribu residía en el ejército, combatiendo ó tornando vencedor.

Expulsados los cartagineses en 206 antes de Jesucristo, y transformada la Península ibérica en provincia romana, debieron los invasores ejercer una mayor influencia, que debió reflejarse en todos los ejercicios de la vida pública, y, de consiguiente, en el monedaje de cada tribu; y aunque muchas veces rechazada esta ingerencia vejatoria, con las armas en la mano acabaron los iberos por quedar completamente sometidos á Roma, la cual concluyó por prohibir la acuñación de los denarios iberos, tal vez, según Mommsem, después de la conquista de Numancia, en el 143 antes de Jesucristo, en cuyas ruinas, se nos asegura, han sido hallados denarios oscenses.

Teniendo principalmente en cuenta que, como antes se dice, las monedas ibéricas más antiguas contienen leyendas casi sin vocales, cual es el caso para las de Osca, á que venimos refiriéndonos, bien podemos conjeturar que su acuñación debe corresponder á la época más antigua, y acaso preceder en fecha al 218 antes de Jesucristo, en que los romanos entraron en la Hispania.

Pasando de los tiempos de la República á los del Imperio, y aun cuando no se trata realmente de un hallazgo importante, ni por su copiosidad, ni por su

significación geográfica ó histórica, ya que se refiere á un solo ejemplar encontrado en condiciones que sólo hace sospechar pérdida de algún contemporáneo nuestro poco guardador de estas cosas antiguas, pero como justificación de que sin recurrir al pico ó al arado, cualquier numismata amante de los montes puede lograr la satisfacción de un encuentro agradable, he de citar el que tuvo el modesto cronista que esto escribe.

En el citado año 1911, en una Sierra murciana (Ricote), y en el sitio que el fotograbado muestra, un hermoso pinar sirvió de frondoso marco á un bronce de mediano módulo del Emperador Maxencio, con fuerte pátina, fiel contraste de su antigüedad (306-312 de Jesucristo).

Lleva su anverso, según muestra el fotograbado núm. 2, la cabeza, laureada, del Emperador, mirando á la derecha, y la leyenda: IMP [erator] C [aesar] MAXENTIVS P [ius] F [elix] AVG [ustus]. Su reverso, templo de seis columnas; en medio Roma, con casco, sentada de frente y mirando á la izquierda, globo y cetro en las manos y un escudo al costado; en el frontispicio una corona. Y la leyenda: CONSER [vacío] VRB [is] SVAE. En el exergo AB (?) P.

Es el número 49 de la obra magistral de Cohen, de *valor utilitario* pequeño, pero de *valor forestal* grande; y así como en las revisiones de mi escaso monetario nunca dejé de recordar, al verla, el pinar del hallazgo, tampoco al departir sobre éste, donde largo tiempo pasé, dejo de recordar la antigua moneda de Maxencio, que la casualidad trajo á mis manos.

Los diámetros ó módulos que para ésta y la de Osca figuran en los fotograbados, son los correspondientes á la escala de Mionnet, ó sean, respectivamente, 25 y 19 milímetros, según el mayor de aquéllos.

Otro hallazgo ocurrido en época anterior (1892), pero correspondiente á tiempos de menor antigüedad, es el que se refiere á monedas almohades, de plata, cuadradas, como la representada en el fotograbado núm. 3.

Tuvo lugar éste en otro monte de la provincia de Murcia (Sierra de Espuña), donde individuos beneméritos del Cuerpo de Ingenieros de Montes transformaron las peladas montañas en frondosísimos y valiosos bosques, pusieron freno á los torrentes y surcaron de cómodos caminos las laderas,

por donde antes parecía imposible poder caminar.

Al abrir la trinchera que está representada en el fotograbado, para paso de uno de esos caminos, en el paraje que el otro reproduce y en las proximidades de la "Fuente de Rubeos", no lejana al Cabezo llamado "de la Mezquita", en cuyas laderas, con motivo de trabajos análogos, aparecieron también esqueletos que se supone de árabes que allí residieron, se encontró un ánfora llena de esas monedas, cuya leyenda, traducida por mi buen amigo y erudito arqueólogo D. Joaquín Báguena, va consignada á continuación:

ANVERSO

لا اله الا الله No hay Dios sino Allah
 الله هو الله El mando (ó poder) todo es para Allah
 لا قوة الا بالله No hay fuerza sino en Allah.

REVERSO

الله هو الله Allah es nuestro Señor
 ما هو الله Mahoma nuestro enviado
 الله هو الله El Mahdí nuestro Imam.

Falta el nombre de la zeca que debía figurar debajo de la tercera línea del anverso, cosa frecuente en monedas de esta época, y que, dada la buena conservación del ejemplar fotograbado, no podemos atribuir á desgaste.

De otras monedas de menor tamaño se encontró alguna, que poseemos, en la huerta de Ricote, al

pie de la Sierra de este nombre, de cuyo castillo, hoy en ruinas, salieron también trozos de ánforas y balas de piedra de regular tamaño, hallazgos éstos no raros en sitio donde el moro Aben Hut se coronó por rey (1228), y en región cuyos habitantes, en muchas de sus costumbres actuales, no pueden negar su abolengo mahometano.

Terminaré este pequeño relato de simple aficionado repitiendo lo que un antepasado mío, muy entendido en estos estudios, dice en una de sus obras:

"Aquí, pues, fenece la relación numismática. Ella

es placer para muy pocos, y éstos hallarán cosas dignas de lima. Los muchos lectores á quienes no interesa esta narración, ya sabrán hurtarle el cuerpo como á un objeto superior á sus fuerzas. Pero siempre será muy del caso para los que saben filosofar...."

MANUEL AULLÓ.



REVISTA DE REVISTAS

FRANCESAS

Revue des Eaux et Forêts.

Octubre 1915.

Un trabajo interesante sobre la cuestión del impuesto, L. M. Aprovechamientos forestales para el Ejército, L. P.—Crónica forestal.—Personal.

Noviembre 1915.

Cuestiones propuestas á los ministros.—Crónica forestal.—Personal.

Diciembre 1915.

Un monte de la Alsacia, A. S.—Crónica forestal.—Personal.—Índices.

SUIZAS

Journal forestier Suisse.

Novembre-Décembre 1915.

¿Qué sabemos del crecimiento en diámetro de los árboles? I parte.—P. Jaccard.

Rendimiento financiero de un monte entresacado.—W. Ammon.

Los viveros forestales escolares en el Cantón de Vaud en 1914.—Petitmermet.

La parte forestal de la Exposición nacional Suiza, en 1914, en Berna.

Exámenes federales.—Escuela politécnica federal, Escuela forestal.

Crónica forestal.

Bibliografía.—La Agenda forestal para 1916.—Schweizerischer.

Forstkalender 1916.

Mercados de maderas.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

- CHAPMAN (H. H.) *I. D. 63.49.00.3 (73).*
FOREST VALUATION.
(Valoración de montes).
- NORMAN SHAW. *I. D. 63.49—192 (51).*
CHINESE FOREST TREES AND TIMBER SUPPLY.
(Los árboles forestales de China y el abastecimiento de maderas de construcción).
- JOHN KIRKEGAARD. *I. D. [63.49+63.3+63.46] (73).*
TREES, SHRUBS, VINES AND HERBACEOUS PERENNIALS.
(Árboles, arbustos, vides y plantas herbáceas viváceas).
- SPRAUSE SARGENT (CH.) *I. D. [63.49+63.499] (73).*
TREES AND SHRUBS.
(Árboles y arbustos).
- IVAN SWIFT. *I. D. 63.492.5 (73)*
FAGOT OF CEDER.
(Haces de cedro).—Poemas y baladas.
- DOUGLAS MALLOCH. *I. D. 63.49 (73).*
THE WOODS.
(Las maderas).
- DOUGLAS MALLOCH. *I. D. 82-1 (73).*
RESAWED FABLES.
(Fábulas de Resawed).
- GIFFORD PINCHOT. *I. D. 63.49 (07) (73).*
THE TRAINING OF A FORESTER.
(La enseñanza de un forestal).
- KELLOGG (R. S.) *I. D. 63.49: [66+67+68] (73).*
LUMBER AND ITS USES.
(La madera apeada y sus aplicaciones).
- FERNON (B. E.) *I. D. 63.49: [63+63.498] (73).*
THE CARE OF TREES IN LAWN, STREET AND PARK.
(El cuidado de los árboles en el campo, las calles y los parques).
- BRITTON (N. L.) *I. D. 63.49 (73).*
NORTH AMERICAN TREES.
(Árboles de Norte América).
- HENRY H. GIBSON. *I. D. 63.49 (7) (8).*
AMERICAN FOREST TREES.
(Árboles forestales de América).
- RECORD (S. J.) *I. D. 63.49.338.1 (73).*
IDENTIFICATION OF THE ECONOMIC WOODS OF THE UNITED STATES.
(Identificación de la Economía forestal de los Estados Unidos).
- TRACY (J. C.) *I. D. 52.69.*
PLANE SURVEYING.
(Topografía planimétrica).
- FERNOW (B. E.) *I. D. 63.49.338.1.*
THE ECONOMICS OF FORESTRY.
(La economía forestal).
- ROTH (F.) *I. D. 63.49.09 (73).*
FIRST BOOK OF FORESTRY.
(El primer libro forestal).
- FULLER (A. S.) *I. D. 63.49.00.14 (73).*
PRACTICAL FORESTRY.
(Prácticas forestales).
- GREEN (S. B.) *I. D. 63.49 (011) (73).*
PRINCIPLES OF AMERICAN FORESTRY.
(Fundamentos de la Ciencia forestal Americana).
- GARUT (A.) *I. D.*
SEASIDE PLANTING OF TREES AND SHRUBS.
(Plantación de árboles y arbustos de costas).
- SARGENT (CH. S.) *I. D. 63.49: (26) (73).*
MANUAL OF THE TREES OF NORTH AMERICA.
(Manual de los árboles de la América del Norte).
- HOUGHT (R. B.) *I. D. 63.49 (73).*
AMERICAN WOODS.
(Maderas de América).
- HOUGHT (R. B.) *I. D. 63.4 (022) (73).*
HANDBOOK OF THE TREES OF THE NORTHERN U. S. AND CANADA, EAST OF THE ROCKY MOUNTAINS.
(Guía-manual de los árboles del Norte en los Estados Unidos y Canadá, Este de las montañas Roqueñas).
- HENRY SNOW (CH.) *I. D. [63.491+63.492+63.493] (73).*
PRINCIPAL SPECIES OF WOODS: THEIR CHARACTERISTIC PROPERTIES.
(Principales especies de maderas: sus propiedades características).



Rafael Bergamín, Fecit

